

EL TEATRO  
MODERNO



M OZORES

50  
CTS

*Francisco Villaespesa*  
**La leona de Castilla**

Gago  
XXIX

**ESTA OBRA NO  
SE PRESTA**

R-8141-A

1929  
2500

# EL TEATRO

MODERNO

Director: LUIS URIARTE

Francisco Villaespesa

## LA LEONA DE CASTILLA

DRAMA EN TRES ACTOS, EN VERSO



PRENSA MODERNA

MADRID

AÑO V

16-XI-1929

N.º 221



## REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Maria de Pacheco... ..	<i>Sra. Guerrero.</i>
Don Pedro Pérez de Guzmán...	<i>Sr. Díaz de Mendoza (F.)</i>
Don Juan de Padilla... ..	<i>" Díaz de Mendoza y Guerrero (F.)</i>
El Arcediano... ..	<i>" Cortna.</i>
Sosa... ..	<i>" Juste.</i>
Lope de Sanabria... ..	<i>" Cirera.</i>
Marqués de Villena... ..	<i>" Guerrero.</i>
Ramiro... ..	<i>" Vargas.</i>
Ludovico de Chavres... ..	<i>" Medrano.</i>
Un Ballestero... ..	<i>" Urquijo.</i>
Don Sancho... ..	<i>" Dafauce.</i>
Don García... ..	<i>" Urquijo.</i>

Damas, pajes, escuderos, séquitos de imperiales, comuneros, gentes de armas, nobles, pueblo, etc.

## DEDICATORIA

*A Fernando Díaz de Mendoza  
y Guerrero, como recuerdo  
de su primer triunfo escé-  
nico.*

VILLAESPESA.

## ACTO PRIMERO

Salón del homenaje en una vieja fortaleza de Toledo. A la izquierda, en primer término, una gran puerta, y en el segundo, otra más pequeña. A la derecha, un Cristo de talla en una hornacina, iluminado por dos lámparas de plata. En el último término, un ventanal gótico. Entre el Cristo y el ventanal, un sitial tallado, cuyo alto respaldo se recurva en forma de baldequino.

Al fondo un enorme arco que da a la explanada de las almenas; y a ambos lados, en el pequeño espacio que queda de muro, dos antiguos retratos de caballeros armados de punta en blanco, en cuyos mantos se destaca la cruz roja de Santiago.

Arcones, escabeles, sillones corales. Viejos tapices penden de los fuertes muros, y una cornisa de nogal tallado, con relieves dorados de follajes y flores, sostiene la amplia bóveda artesonada.

Por el hueco del arco del fondo se ven las almenas, y allá a lo lejos, el agreste panorama de los montes de Toledo.

Es media tarde. Un sol primaveral parece envolverlo todo en su gloria de oro.

## ESCENA I

*Doña María de Pacheco y el Marqués de Villena.*

*(Conversando cerca de la primera puerta de la izquierda. El Ballestero, con la ballesta al hombro, vigilante, en las almenas del fondo.)*

MARIA. *(Respondiendo al ceremonioso saludo del Marqués.)*

¡Señor Marqués de Villena!

VILLE. ¡Noble sobrina!...

MARIA. ¿A qué debo  
que vuestra presencia honre

- esta torre de Toledo?  
 ¿Qué buscáis en mi morada?
- VILLE. Sobrina, la paz del reino,  
 perturbada por los bandos  
 de esos locos comuneros,  
 que rebeldes a su rey  
 estas tierras han revuelto  
 con motines y algaradas,  
 más propias de bandoleros  
 que de nobles fijosdalgos...
- MARIA. *(Atajándole con severidad.)*  
 ¡Hablad de ellos con respeto,  
 que al combate les conduce  
 Juan de Padilla, mi dueño;  
 y si a su rey son traidores,  
 son leales a su pueblo!
- VILLE. *(Contrariado.)*  
 ¡Comprendo, doña María,  
 que no vamos a entendernos  
 cuando comenzáis hablando  
 un lenguaje tan soberbio!  
*(Pequeña pausa. Se acerca a ella cambiando de tono, con la voz insinuante.)*  
 ¡Pensad que soy sangre vuestra,  
 y en vuestro provecho vengo!
- MARIA. Y ¿qué queréis?
- VILLE. Vos podéis  
 poner a estas luchas término  
 devolviéndole a Castilla  
 la paz que perdió hace tiempo.
- MARIA. Mas, ¿cómo? Decid, Villena...
- VILLE. ¿Cómo ha de ser?... ¡Persuadiendo  
 a vuestro esposo a que deje  
 los peligros de ese puesto,  
 que sólo han de conducirle  
 al cadalso o al destierro!  
 ¡Que se depongan las armas!  
 Mas vos, antes, dad ejemplo,  
 entregando al Rey las llaves  
 de la ciudad de Toledo,  
 que rendida la cabeza

- ya se irá rindiendo el resto.  
**MARIA.** *(Sin poder refrenar su indignación.)*  
 ¿Y como vos, un Villena,  
 la mejor sangre del reino,  
 tal infamia me aconseja?  
*(Villena va a hablar.)*  
 ¡Callad, que escuchar no quiero  
 de labios que son tan nobles  
 tan infamantes consejos!  
 ¿Queréis que la paz renazca?  
 ¡Pues aconsejad primero  
 a Carlos, que de Castilla  
 cumpla y respete los fueros,  
 pues mientras no los respete  
 por Rey no le acataremos!
- VILLE.** ¡Pensando así, a la ruina  
 de Castilla vais derechos!
- MARIA.** *(Con altivez.)*  
 ¡Antes que vivir esclavos,  
 Marqués, libres moriremos!  
*(Pequeña pausa.)*
- VILLE.** *(Persuasivo.)*  
 Será inútil sacrificio...  
 ¿Qué conseguiréis con eso?  
 ¡Que se derrame más sangre  
 cuando tan poca tenemos!  
 ¡Que haya más campos estériles  
 teniendo ya tantos yermos!  
 Escuchad. Cercada estáis  
 por el más brillante ejército  
 que en sus límpidos cristales  
 las aguas del Tajo vieron.  
 No esperéis ningún socorro,  
 que nadie puede traéroslo;  
 y será más duro el trato  
 cuanto dure más el cerco.  
 Recibid al emisario  
 de Adriano con respeto,  
 y la ciudad entregadle;  
 que si la entregáis, prometo  
 que habrá perdón para todos

- y se olvidarán los yerros...  
 ¡Y si precisáis rehenes,  
 yo mismo en rehén me ofrezco!
- MARIA. *(Con firmeza.)*  
 ¡No atiendo vuestras razones,  
 que nosotros no queremos  
 más perdón ni más rehenes  
 que nuestros antiguos fueros!  
 ¡Y en tanto no queden salvos,  
 no se rendirá Toledo!
- VILLE. ¡Sois firme!
- MARIA. ¡Soy castellana!  
 ¡Y lo mismo que el acero  
 que en nuestras forjas se temple,  
 ni me curvo, ni me quiebro!
- VILLE. *(Disponiéndose a salir.)*  
 ¡Reflexionad lo que os digo!  
 Yo al campo imperial regreso.  
 Vendré con los emisarios,  
 y para entonces, espero,  
 que después de meditados  
 atenderéis mis consejos.  
*(Saluda cortésmente.)*
- MARIA. ¡Que el Señor os ilumine!  
*(Acompañándole hasta la primera puerta de la izquierda.)*  
 ¡Que a vos os alumbre el cielo!  
*(Salen, mientras aparecen por la explanada don Juan de Padilla y Lope de Sanabria.)*

## ESCENA II

*Don Juan de Padilla y Lope de Sanabria.*

- (Se detiene cautelosamente en el centro de la escena, como espionando la salida de doña María.)*
- JUAN. *(Con volubilidad infantil.)*  
 Ya se fué mi madre.  
 Hasta la escalera



acompaña al noble  
 Marqués de Villena.  
 ¡Ven acá, buen Lope,  
 que antes que ella vuelva  
 tengo que decirte  
 algo en voz muy queda!  
*(Bajando la voz con malicia infantil.)*  
 ¿Cómo anda la bolsa?

LOPE.

*(Mostrándola.)*  
 Como siempre: vedía.

Desde que Castilla  
 se tornó flamenca,  
 al Rey no conozco  
 ni por la moneda.

JUAN.

Te daré, buen Lope,  
 un doblón, si dejas  
 que al potro morcillo  
 monte a la jineta,  
 y quiebre una lanza  
 en la Plaza nueva.  
 ¡Verás con qué garbo  
 le corro la espuela!  
 ¡Cómo se encabrita,  
 como corvetea,  
 y lo paro en firme,  
 e inmóvil se queda,  
 igual que esos nobles  
 corceles de piedra  
 que ornan los sepulcros  
 de la Santa Iglesia!  
 ¡Tengo ya unas ganas  
 que mi padre vuelva,  
 para ver, si viéndome  
 cabalgar, me lleva  
 con lanza y escudo,  
 con él, a la guerra!  
 ¿Dejarás que monte?  
 ¿Aceptas mi oferta?

LOPE.

Mas si vuestra madre  
 de aquesto se entera,  
 hará que me empalen...

- JUAN. ¡Cabalgar no os deja!  
¡Mi madre ha creído  
que yo soy de cera  
y voy a fundirme  
si la luz me besa!  
*(Volviéndose de nuevo a Lope, en voz baja y suplicante.)*
- LOPE. ¿Harás lo que pidió?  
¡Venga la moneda,  
y en el patio aguardo!  
*(Don Juan saca un doblón de la escarcela y se lo entrega a Lope, el cual, con desconfianza, observa si suena la moneda.)*
- JUAN. Mas ¿por qué la suenas?
- LOPE. *(Con socarronería.)*  
¡No vaya a ser falsa,  
pues siendo flamenca!...  
*(Reparando en la presencia de doña María en la puerta primera de la izquierda.)*  
¡Callad!... Vuestra madre  
hacia aquí se acerca.  
*(Besa cómicamente la moneda, y alzándola entre el pulgar y el índice sobre su frente, la esconde después a hurtadillas.)*  
¡Sálveos Dios,  
ducado de dos,  
que Monsieur de Chavres  
no topó con vos!  
*(Intenta escapar por el fondo.)*

## ESCENA III

*Dichos y Doña María de Padilla, que penetra por la izquierda.*

- MARIA. Lope, avisale a las damas.  
*(Lope sale por el foro.)*
- JUAN. *(Corriendo al encuentro de su madre.)*  
¡Dios os guarde, madre mía!
- MARIA. ¿Dónde habéis estado, hijo?

JUAN. De oración en la capilla,  
pidiéndole a Dios el triunfo  
de las armas de Castilla.  
*(Viendo aparecer por la explanada a las da-  
mas.)*

Aquí se acercan las damas.

*(Las damas se inclinan ante doña María, per-  
manecen inmóviles, agrupadas, bajo el arco del  
centro, como esperando órdenes.)*

MARIA. Preparad vendas e hilas.

*(Las damas extraen de los grandes arcones  
lienzos y telas, y se disponen a empezar la ta-  
rea, sentadas en escabeles, y formando dos  
grupos animados a ambos lados del arco cen-  
tral. Doña María de Pacheco, en el sillón seño-  
rial, comienza a deshilar un rico velo de seda,  
mientras don Juan de Padilla la contempla  
tiernamente, postrado a sus plantas, en un pe-  
queño escabel cubierto de ricos cojines. Por la  
explanada del fondo pasea, vigilante, con el ar-  
ma al hombro, el Ballestero.)*

#### ESCENA IV

*Doña María de Pacheco, don Juan de Padilla, damas y  
el Ballestero.*

*(Pequeña pausa, durante la cual sólo se oye  
el crujir de la seda entre los dedos femeni-  
les.)*

JUAN. *(Rompiendo impetuosamente el silencio.)*

¿Por qué, por qué, madre mía,  
ante el altar de San Pedro,  
con las armas de mi padre  
no me armasteis caballero,  
para lidiar por Castilla  
con las huestes de Toledo?  
Al son de las roncadas trompas  
todos a la lid partieron,  
mientras que yo, en este estrado,

con vuestras damas me quedo,  
para sostener un huso  
o abrir un libro de rezos,  
cuando mejor sostuviera  
en el combate, un acero.  
¡Dejadme, madre, que parta  
donde me impulsa mi anhelo:  
a triunfar por nuestras leyes  
o morir por nuestros fueros,  
que los que son bien nacidos  
sólo viven combatiendo!

MARIA. *(Mirando con orgullo maternal a su hijo, y acariciándole la revuelta melena.)*

¡Modera tus fieros ímpetus,  
que para todo habrá tiempo!  
Cachorrico de león,  
las garras aún no os crecieron,  
¡y ya rugís de impaciencia  
por que os deje, libre y suelto,  
sacudir vuestras melenas  
en las luchas del desierto!  
¡Aguilucho que aún no tiene  
alás firmes para el vuelo,  
debe vivir en el nido  
bajo el amparo materno!

JUAN. *(Lastimado por las palabras de su madre.)*

¿Pensáis que valor me falta?

MARIA.

Rapaz, ¿cómo he de creerlo  
siendo sangre de Padilla  
y a más mi sangre teniendo,  
que es cual tener en las venas  
en lugar de sangre, fuego?  
¡Cómo he de pensar que pueda  
conocer siquiera el miedo,  
quien se nutrió en mis entrañas  
y se alimentó en mi seno!  
*(Dulcificando la voz, en un arranque de ternura.)*

¡Pero aún el bozo, hijo mío,  
sobre tus labios no ha puesto  
las sombras de la naciente

- virilidad de su vello!  
**JUAN.** *(Alzándose fieramente.)*  
 ¡Porque imberbe me veáis  
 no os movéis de mi desnudo,  
 que si tengo imberbe el labio,  
 tengo ya barbado el pecho!
- MARIA.** *(Atrayéndole de nuevo a su lado.)*  
 ¡Cuando en estas duras guerras  
 que esforzados sostenemos  
 no queden hombres que lidien  
 por la libertad del reino,  
 entonces, antes que uncirnos  
 al yugo del extranjero,  
 los niños y las mujeres  
 por Castilla moriremos!  
 ¡Y yo seré la primera,  
 cuando llegue ese momento,  
 que ciña a tu sien el casco  
 y entregue a tu mano el hierro,  
 que antes que tu vida, es  
 la libertad de tu pueblo!  
 Mas en tanto que tu padre  
 y sus bravos comuneros  
 se arman, combaten y triunfan  
 por nuestros gloriosos fueros,  
*(Abrazándole con ternura con la voz trémula  
 de lágrimas.)*  
 ¡Para qué exponer tu vida,  
 si sabes que si la pierdo  
 habrán perdido mis ojos  
 todas las luces del cielo!  
*(Permanecen un instante abrazados. De súbito  
 resuena, bajo las almenas, el clamor de las  
 trompas de guerra. Todos atienden al estruen-  
 do, cada vez más cercano.)*  
 ¿Pero qué algazara es ésa?  
*(El Balletero se inclina a mirar desde las al-  
 menas.)*
- BALLES.** *(En voz alta.)*  
 En la falda de ese cerro,  
 junto a la margen del río,

escaramuzan los nuestros.  
*(Don Juan se desprende de los brazos maternos y corre a las almenas. En todas las manos queda suspensa la labor.)*

JUAN.

*(Desde las almenas.)*

Contemplad, señora madre,  
 aquel gentil caballero,  
 que a los nuestros arremete  
 cabalgando un potro negro  
 y armado de punta en blanco  
 como si fuese a un torneo.

*(Doña María de Pacheco se acerca a las almenas, y, apoyada en la columna del arco central, contempla el campo. Las damas abandonan su tarea, y también, bajo el arco, siguen ansiosamente las peripecias del combate.)*

¡Mirad con qué bizarría,  
 con qué juvenil denuedo,  
 al empuje de su brazo  
 se abre paso entre los nuestros!

¡La visera echada trae;  
 penacho azul sobre el yelmo,  
 armiños sobre el escudo  
 y una banda roja al pecho!

*(Pequeña pausa. La ansiedad aumenta.)*

Nuestras gentes retroceden  
 —¡cobardes!—hacia Toledo,  
 pues cada golpe de lanza  
 un hombre derriba al suelo.  
 Todos huyen a su paso...

*(Dando un grito terrible y cubriéndose el rostro con las manos.)*

¡Maldición!... ¡El caballero  
 les ha quitado el glorioso  
 pendón de los comuneros,  
 y con él torna a su campo  
 flotando su gloria al viento!

*(Viendo al Ballestero inmóvil con la ballesta al hombro, y arrebatándosela con fiereza.)*

¿Para qué sirve en tus manos  
 la ballesta, Ballestero?

*(La tiende en un gesto heroico, entre el hueco de las almenas, disponiéndose a disparar.)*

MARIA. *(Corriendo a su lado.)*

¿Qué haces, hijo?

JUAN. *(Sin oír la voz materna, gritándole al caballero.)*

¡Por Castilla!

¡Por Castilla y por sus fueros!

*(Dispara la ballesta. Momento de ansiedad, en el que sólo se escucha el palpitar de todos los corazones. Don Juan se vuelve a su madre con el rostro desencajado y los ojos llameantes de furor.)*

¡La ballesta no hizo blanco;

y a los pies del caballero,

estremecida de rabia,

clavada quedó en el suelo!

¡Malhayan la suerte mía

y el débil brazo que tengo!

*(Vuelve a observar arrojando violentamente la ballesta.)*

¡Al caballero ve, madre!

¡Su potro ha parado en seco,

y alzándose en los estribos,

aquí mira en son de reto,

igual que si se mofara

de mis brazos inexpertos!

*(Golpeándose fieramente las sienas.)*

¡Malhaya quien erró el golpe!

MARIA. *(Toma la ballesta y se vuelve al Ballestero.)*

¡Verás como yo no yerro!

¡Presto, presto, otra ballesta!

*(El Ballestero se la da. Doña María apoya el arma en el hueco de las almenas gritando con voz de trueno.)*

¡Por Padilla y por Toledo!

*(Todos se agolpan al disparo, y un grito de júbilo los estremece.)*

JUAN. *(Como un ebrio.)*

¡Bravo golpe!... ¡La ballesta se le ha clavado en el pecho,

y del arzón se desploma,  
malherido, el caballero!  
*(Volviéndose hacia su madre y cubriéndote las  
manos de besos.)*

¡Benditas, madre, esas manos  
que prodigio tal hicieron!  
*(Se vuelve de nuevo hacia las almenas.)*

Los nuestros tornan... Lo alzan,  
y entre cuatro, prisionero,  
por la puerta de esta torre  
lo conducen a Toledo.

MARIA. *(Al Ballestero.)*

Que le suban a esta estancia  
mis gentes, sin perder tiempo,  
que aquí curarán mis manos  
la misma herida que abrieron.  
*(Sale el Ballestero por la explanada.)*

¡Doncellas de mi linaje,  
en el más rico aposento  
de este alcázar soberano  
id y preparad su lecho!...  
Para vendar sus heridas  
rasgad vuestros propios velos,  
que honor que hacemos a un huésped  
nos lo centuplica el cielo.

*(Las damas se marchan por la segunda puer-  
ta de la izquierda. Doña María se aproxima al  
Cristo de la hornacina y le besa piadosamente  
las llagas de las plantas.)*

## ESCENA V

Todos menos el Ballestero.

JUAN. *(Acercándose a su madre.)*  
¡Bendita seáis, madre;  
pues gracias a vuestro esfuerzo,  
los imperiales no hollaron  
la bandera de Toledo!

MARIA. ¡Id, hijo, que de mi sangre



sois el único renuevo,  
 a ofrecer al enemigo  
 rendido, vuestros respetos!  
 ¡Y que todas nuestras gentes,  
 damas, pajes y escuderos,  
 le rindan sus homenajes;  
 que aunque es nuestro prisionero,  
 por su valor bien merece  
 honores y acatamientos!

JUAN.

¡Descuidad, señora madre,  
 que recibirle sabremos  
 y honrarle como merecen  
 su nobleza y su denuedo,  
 pues los que llevan mi nombre  
 siempre son y siempre fueron  
 con el vencido, corteses,  
 con el vencedor, soberbios!  
*(Se inclina, y besando gentilmente las manos  
 de su madre, sale por la primera puerta de la  
 izquierda.)*

## ESCENA VI

Doña María, sola.

MARIA. *(Clavando los ojos en el Cristo de la horna-  
 cina.)*

¡Gracias!... ¡Toda mi existencia,  
 Señor, desde este momento  
 como víctima expiatoria  
 la sacrifico a mi pueblo!  
 ¡Señor, Señor, no abandonés  
 a esta raza de leones  
 que por todas partes fué,  
 en vos fija la mirada,  
 difundiendo vuestra fe  
 y esparciendo vuestra luz,  
 en una mano la espada  
 y en la otra mano la cruz!  
 ¡Castilla, matrona hurafia

que ante nadie se ha rendido,  
 que eres como regio nido  
 de aguiluchos, escondido  
 en el corazón de España!  
 ¡Castilla, madre Castilla,  
 tierra de orgullo y fiereza;  
 indomable fortaleza  
 con fervores de capilla,  
 donde el pueblo, mientras reza,  
 de tu santo altar, al pie,  
 afila la espada que  
 en su ambicionar profundo  
 quiere conquistar el mundo  
 para imponerle su fe;  
 y para que desplegado  
 ondule sobre la tierra,  
 por los vientos agitado,  
 el crepúsculo morado  
 de tu estandarte de guerra!...  
 ¡Presta a los hijos, Señor,  
 de los padres el vigor,  
 para poder defender  
 la libertad de Castilla!  
 Y si vencida se humilla  
 ¡dale a esta débil mujer  
 fortaleza en su sufrir  
 para poderla vengar!...  
 ¡Alientos para matar  
 o valor para morir!  
*(Aparecen en la primera puerta de la izquierda don Juan de Padilla, seguido de pajes y escuderos que sostienen a don Pedro de Guzmán.)*

## ESCENA VII

*Doña María de Pacheco, don Juan de Padilla, don Pedro Pérez de Guzmán, ballesteros, pajes y escuderos.*

JUAN. *(A su madre.)*  
 ¡Aquí tenéis al herido!

*(Penetra don Pedro Pérez de Guzmán, sostenido por cuatro escuderos, con el manto y el pie ensangrentados. Un paje le conduce el yelmo y el escudo.)*

PEDRO. *(Al ver a doña María, se desprende de los que le sostienen, y haciendo un violento esfuerzo, se inclina ante ella.)*

¡Al rendirme prisionero,  
rendir, señora, he querido  
a vuestras plantas mi acero;  
porque sólo ¡vive Dios!  
rendir pudiera su brío  
un acero como el mío  
a una dama como vos!...

MARIA. *(Le rinde penosa y cortésmente la espada.)*

*(Levantando la espada.)*

¡Galán que con tal bravura  
combatió en esta jornada,  
bien merece que la espada  
le ciña yo a la cintura!

*(Se la devuelve. Reparando de pronto en la palidez del herido, y como pesarosa de su olvido.)*

Mas vuestra herida...

PEDRO. ¡Derecho

el ástil, señora, fué  
a clavármese en el pecho!...

¡Y no es extraño, porque  
queriendo en su compasión  
dar fin a mis agonías,  
todas las heridas mías  
van buscando el corazón!

MARIA. Vuestro nombre...

PEDRO. *(Condolido, con la voz desfalleciente.)*

¡Vano afán!

¿Tan duro cambio he sufrido  
que no habéis reconocido  
a don Pedro de Guzmán?

*(Alza la frente y contempla con fijeza a doña María.)*

MARIA. *(Profundamente conmovida por la sorpresa.)*

¡Cómo imaginar que a veros  
fuera así, quien desde aquesta  
torre, con una ballesta  
os hirió sin conoceros!

PEDRO. *(Haciendo un esfuerzo inaudito para sostenerse de pie, como si las juerzas le abandonaran por momentos.)*

¿Cómo dudar, ¡ay de mí!,  
que caída la visera  
mi rostro desconociera  
quién no me conoce así?...

Y en mi desesperación  
¡cómo he de extrañar que fuese  
vuestro dardo el que me hiriese  
tan cerca del corazón,  
si siempre, desde los días  
de nuestra niñez, lejanos,  
todas las heridas mías  
las abrieron vuestras manos!

*(Se desplomaba desmayado sobre un sillal. Los pajes y los escuderos acuden a sostenerle.)*

MARÍA. *(A los suyos, indicándoles la segunda puerta de la izquierda.)*

¡Presto, mis gentes, llevadle  
a la cámara de honor;  
curad su herida y tratadle  
igual que a vuestro señor!

*(Los pajes y los escuderos se llevan al herido por la segunda puerta de la izquierda. Doña María permanece un instante apoyada en el brazal del sillón señorial, ensimismada y triste, como si un amargo presentimiento entenebreciera su alma.)*

## ESCENA VIII

*Doña María de Pacheco y don Juan de Padilla.*

JUAN. *(Acercándose a su madre.)*

¿Le conocéis?

MARÍA. ¡Desde niños!

Juntos, como dos hermanos,  
 en los encantados cármenes  
 de la Alhambra nos criamos.

JUAN. *(Conmovido por la tristeza de la voz materna,  
 la estrecha entre sus brazos.)*  
 Mas ¿que os pasa, madre mía?  
 ¿Por qué tembáis en mis brazos?  
*(Alza cariñosamente la frente de su madre, y  
 le contempla los ojos bañados en llanto.)*

Pero ¿que tenéis?... Decidme,  
 ¿qué pena os causa ese llanto  
 que de vuestros ojos rueda  
 hasta escaldarme los labios?

*(La besa los ojos. Doña María se alza como  
 agobiada por un presagio funesto.)*

MARIA. *(Lentamente.)*

Pienso en todos los peligros  
 de los que están guerreando;  
 en que en las sombras, la Muerte  
 afila y lanza sus dardos,  
 y alguno alcanzar pudiera  
 a tu padre...

JUAN.

    Sin cuidados  
 por mi padre estad, señora;  
 que el hierro mejor templado  
 y más firme, de papura  
 saltará, roto en pedazos,  
 antes de herir, madre mía,  
 un corazón tan bizarro.

MARIA. Mas si vencido cayese...

JUAN.

*(Con fiereza.)*  
 ¿Vencido decís?... ¡Callaos,  
 que el suponerle vencido  
 es tanto como ultrajarlo,  
 pues siempre fué la victoria  
 cautiva de su caballo!  
 Y en Medina, en Talavera  
 sus férreos cascos hollaron  
 de las huestes imperiales  
 el pendón ensangrentado.

MARIA. Nadie en la suerte confie,

- porque el Destino, voltario,  
 más pronto abate y derrumba  
 lo que levantó más alto.
- JUAN. ¡Pues ciñeme una armadura,  
 pon un acero en mi mano,  
 que si él peligra en la liza,  
 yo quiero estar a su lado,  
 para si triunfa, abrazarle,  
 y si es vencido, vengarlo!  
*(Volviendo a abrazar a su madre.)*  
 Mas, enjugad esas lágrimas  
 que al contemplaros llorando,  
 ¡vive Dios! que a mis pupilas  
 se agoipa también el llanto.
- MARIA. ¡Al cielo gracias le doy  
 porque, piadoso, me ha dado  
 un hijo que honra a su padre,  
 con valer su padre tanto!  
*(Quedan un momento abrazados.)*

### ESCENA IX

*. Dichos y Lope de Sanabria.*

- LOPE. *(Desde la primera puerta de la izquierda.)*  
 Vuestro asentimiento esperan  
 para entrar los enviados  
 que del campo imperial manda  
 el Cardenal Adriano.
- MARIA. *(Procurando dominar su emoción.)*  
 Condúcelos a esta estancia...  
*(Lope se inclina y sale. Doña María se esfuerza en ocultar las huellas de su emoción.)*  
 ¡Animo, corazón, ánimo!  
 ¡Altívez, alza la frente!  
 ¡Orgullo, seca mi llanto,  
 que a las damas que Castilla  
 sangre y fortaleza ha dado,  
 no deben mirarlas nunca  
 sus enemigos llorando!

*(Se rehace y queda al lado de su hijo, junto al sillón señorial, con la actitud de una reina que va a recibir un homenaje. Por la puerta primera de la izquierda, precedidos de Lope y dos escuderos, aparecen los legados imperiales, Ludovico de Chevres y el Marqués de Villena, seguidos de su séquito. Los soldados de Toledo ocupan el fondo de la escena. Los imperiales traen cruces blancas sobre los mantos, y los comuneros una cruz roja al pecho. Ludovico de Chevres vestirá un rico traje a la moda flamenca, que realzará sobre el pecho el Collar del Toisón de Oro.)*

### ESCENA X

*Dichos: Ludovico de Chevres, el Marqués de Villena, séquito de imperiales, pajes, escuderos y gente de armas.*

LUDOV. *(Avanzando altaneramente y haciendo una pequeña inclinación ante doña María.)*

¡En nombre del Cardenal  
Adriano, mi señor,  
que es por el Emperador,  
Gobernador general  
de estos reinos, os concedo  
gracia, si antes de tres días  
cesáis vuestras rebeldías  
y nos entregáis Toledo!

MARIA. *(Rompiendo con acento seguro la expectación general.)*

Vuestra intimación es vana  
y es vano vuestro rigor,  
que en la tierra castellana  
no manda el Emperador.  
En este pueblo leal  
nadie acatará su ley.

LUDOV. ¡También de Castilla es Rey  
quien ciña el manto imperial!

MARIA. ¡Mas, para los comuneros

que, con su soberbia humilla,  
 no es Monarca de Castilla  
 quien no respeta sus fueros;  
 porque aquí no toleramos  
 que los reyes nos den leyes,  
 sino que acatan los reyes,  
 las que nosotros les damos !  
 Le juramos nuestro Rey  
 en las Cortes...

VILLE.

MARIA.

Y él juró  
 también cumplir nuestra ley.  
 ¡Y ved cómo la cumplió!  
 ¡Dando en este reino entrada,  
 contra todos nuestros fueros,  
 a esa Corte desalmada  
 de ambiciosos extranjeros  
 que, como botín de guerra,  
 nuestro honor escarneciendo,  
 aún se siguen repartiendo  
 las riquezas de esta tierra!  
 Y no tan sólo el Monarca  
 nuestra libertad destruye,  
 sino que en Coruña embarca,  
 como pirata que huye  
 en las sombras del misterio  
 para ocultar su tesoro,  
 ¡a comprar con nuestro oro  
 la púrpura del Imperio!  
*(Volviéndose a Villena.)*  
 ¿Quién habló de juramentos?  
 ¡Si él al viento lanzó el suyo,  
 también nuestro fiero orgullo  
 el suyo lanza a los vientos!  
 ¡Y hoy este pueblo bravío  
 no acata más que a su ley,  
 pues viendo el trono vacío  
 a sí mismo se ungió Rey!  
 Vuestro perdón rechazamos,  
 que a nuestras leyes, leales  
 nuestras vidas ajustamos.  
 ¡Volved con los imperiales;



y decid que esta ciudad  
dispuesta está a perecer  
primero que esclava ver  
de nuevo su libertad;  
porque antes de sufrir  
las afrentas de un tirano,  
sabe el pueblo castellano,  
honrado y libre morir!

*(Un murmullo de aprobación recorre las filas de los comuneros. Doña María de Pacheco les impone silencio con un noble gesto.)*

LUDOV: *(Con insolencia.)*  
¡Pagaréis vuestra imprudencia!  
¡Y puesto que no queréis  
rendiros, del Rey, clemencia,  
toledanos, no esperéis!  
¡Despreciasteis su piedad;  
y ahora, del Emperador,  
el justiciero rigor  
llorará vuestra ciudad!  
Su mensaje habéis oído;  
y os declaro, en nombre de él,  
que a nadie dará cuartel.

MARIA. *(Fieramente.)*  
Y ¿quién cuartel ha pedido?  
*(Se oye un rumor confuso del pueblo que se acerca. Los imperiales echan mano a sus espadas. Todos los rostros reflejan la más profunda ansiedad.)*

VILLE. Mas ¿qué pasa?  
Esos rumores...

MARIA. *(Ásomándose al ventanal.)*  
Aullando, de rabia ciega,  
la plebe al alcázar llega,  
dando al aire sus clamores.  
Y entre todos, el primero,  
traspasado de dolor,  
viene Sosa, el escudero  
de mi padre y tu señor.  
*(Todos se vuelven hacia la explanada de las almenas por donde se acerca el tumulto. Por el*

arco del fondo penetra Sosa, pálido, polvoroso y jadeante, seguido de hombres y mujeres que gruñan y gesticulan. Los ballesteros detienen a la plebe bajo el arco central.)

## ESCENA XI

*Dichos, Sosa y gente del pueblo.*

- SOSA. *(Cayendo de rodillas a los pies de doña María.)*  
¡Señora, temblad de espanto!  
*(Todos le cercan.)*
- MARIA. Di ¿qué pasa?... ¡Habla, por Dios!
- SOSA. *(Estallando en sollozos.)*  
¡ved cómo corre mi llanto!  
¡Comprended el resto vos!
- MARIA. *(Dando un grito supremo de ansiedad.)*  
¡Mi esposo!... ¿Qué ha sucedido?  
*(Sosa no se atreve a hablar. Doña María se levanta, sacudiéndole fuertemente por el brazo.)*  
¡Lengua de plomo! ¿hablarás?
- SOSA. *(Balbuciendo de emoción.)*  
¡En Villalar ha caído  
para no alzarse jamás!  
*(Un grito de dolor estremece las filas de los comuneros.)*
- MARIA. ¡Ha muerto!  
*(Doña María rompe en sollozos, vacila y se abraza estrechamente a su hijo.)*  
¡Pobre hijo mío!
- JUAN. *(Severamente, señalando a los imperiales, que habrán permanecido agrupados en actitud expectante, cerca de la puerta primera de la izquierda.)*  
¡Vuestra aflicción nos humilla!  
Señora, ¿dónde está el brío  
de la mujer de Padilla?
- MARIA. *(Orgullosa del arranque filial, alzándose terrible y recta como una amenaza.)*

¡Mi don Juan, tienes razón!  
 ¡Desde hoy, vengarle será  
 la única fuerza que hará  
 latir nuestro corazón!  
*(Volviéndose al escudero.)*  
 Cuenta, Sosa.

SOSA. ¡Qué decir,  
 sino que a traición, vendido,  
 al ver nuestra gente huir  
 en Villalar, cayó herido  
 de su corcel en el lodo  
 de un profundo cenagal,  
 luchando él solo con todo  
 el ejército imperial!

¡Allí su espada rindió;  
 y al verle ya sin espada,  
 Juan de Ulloa le cruzó  
 la faz de una cuchillada!

MARIA. *(Cubriéndose el rostro con las manos.)*  
 ¡Ah!... ¡Cobarde!

JUAN. *(Llameantes de furor los ojos.)*  
 ¡Madre mía,

déjame al campo marchar,  
 que al de Ulloa haré pagar  
 bien cara su felonía!

MARIA. *(De nuevo volviéndose a Sosa.)*  
 ¿Y allí acabó?...

SOSA. ¡A Dios pluguiera  
 que allí su vida acabara,  
 porque, a lo menos, siquiera  
 la muerte no le afrentara!

MARIA. ¿Más afrentas?

SOSA. ¡Prisionero  
 a la villa fué llevado;  
 y sin haberle juzgado  
 como cumple a un caballero,  
 a los imperiales plugo  
 su cabeza hacer rodar,  
 bajo el hacha del verdugo,  
 en el mismo Villalar!

MARIA. *(Después de una pausa, haciendo un esfuerzo inaudito para recuperar su entereza.)*

¡Ay, castellanos, llorad,  
que el hacha que lo ha inmolado,  
también ha decapitado  
nuestra antigua libertad!

*(Con un enérgico ademán contiene el clamor de las turbas e indica a Sosa que prosiga.)*

SOSA.

¡Hasta la enemiga suerte  
a sus pies cayó rendida.  
que si heroica fué su vida  
más heroica fué su muerte!  
La envidia calló su encono;  
como quien fué sucumbió,  
¡y hasta el cadalso subió  
como si escalase un trono!  
Al llegar su última hora  
me dió este pliego...

*(Saca del pecho un pergamino sellado, lo besa y se lo entrega a doña María.)*

¡Mirad,

y en él hallaréis, señora,  
su postrera voluntad!

MARIA.

*(Tomando el pliego y leyéndolo con voz profundamente conmovida, pero firme, en medio del silencio y la expectación de todos.)*

“¡Por bienaventurado me tuviera,  
bendiciendo lo amargo de mi suerte,  
si el corazón, señora, no sintiera  
mucho más vuestra pena que mi muerte!  
¡Aunque de muchos ha de ser plañida,  
esta muerte de tal modo me ha honrado.  
que bendigo al Señor, que así me ha dado,  
brindándome tal muerte, tanta vida!  
Yo quisiera tener más tiempo para  
escribiros palabras de consuelo;  
mas aunque me lo dieran, lo rehusara,  
que ya la palma del martirio anhelo.  
¡Llorad vuestra desdicha, y no mi muerte,  
porque es mi muerte, esposa, tan honrada,  
que en una eterna vida se convierte

y no debe por nadie ser llorada!  
 Mi alma, pues nada más tengo que daros,  
 la dejo en vuestras manos... ¡Vos, señora,  
 haced con ella cuanto os plazca, ahora,  
 que si mucho os amó, más ha de amaros!  
 No puedo proseguir... A vuestro asombro  
 ¡qué de cosas tan íntimas dijera...!  
 Mas ya el verdugo, con el hacha al hombro,  
 en el dintel de la prisión espera...  
 ¡Aquí hago punto, porque el vulgo osado  
 no piense, en su voraz maledicencia,  
 que he alargado esta carta demasiado  
 para alargar con ella mi existencia!  
 ¡Adiós, señora, adiós...! En otra orilla  
 nuestro amor hallará nuevo remanso...  
 ¡Y aquí quedo, esperando la cuchilla  
 de vuestra soledad y mi descanso!  
*(Una popmoción profunda agita a todos. Algunas pupilas se llenan de lágrimas. Las damas sollozan.)*

VILLE. *(Adelantándose hacia doña María, sinceramente afectado por su dolor.)*

Yo también, doña María,  
 lloro vuestro duelo ahora,  
 que no en balde sois, señora,  
 sangre de la sangre mía.  
 Para evitar nuevos males  
 y amenguar vuestro sufrir,  
 doblegaos y rendir  
 Toledo a los imperiales.

MARIA. *(Alzándose sobre todos, como enloquecida de dolor y de ira.)*

¿Qué dice...? ¿Oís, toledanos,  
 sin afrentaros, tal mengua,  
 y con vuestras propias manos  
 no le arrancasteis la lengua  
 como ejemplo miserable  
 de ignominia y de baldón,  
 para el labio que nos hable  
 siquiera de rendición?

¿Habrás algún alma en Castilla

que ose de paces hablar,  
 y no muera por vengar  
 la memoria de Padilla?  
 El bajo el hacha cayó  
 por defender nuestra ley...  
 ¡Guerra juremos al rey  
 que en verdugo se trocó!  
*(Dirigiéndose hacia el Cristo de la hornacina,  
 y colocundo las manos sobre la frente de su  
 hijo.)*

¡Yo, colocando las manos  
 en la frente de su hijo,  
 con el pensamiento fijo  
 en su sombra, toledanos:  
 por la Santa Cruz erguida  
 en el solitario altar,  
 aun a costa de mi vida,  
 su muerte juro vengar!  
*(Dirigiéndose a los comuneros.)*

¿Juráis vosotros?  
 ¡Juramos!  
*(Todos juran sobre sus espadas.)*

SOSA. ¡Venganza para Padilla!  
 MARIA. *(Volviéndose a los imperiales.)*

¡Ved la respuesta que os damos,  
 carceleros de Castilla!  
 ¡Tornad al campo a decir  
 a vuestro Gobernador,  
 que nunca se ha rendir  
 Toledo al Emperador!  
 Y dad gracias a la suerte,  
 que para vengar su muerte  
 y volveros mal por mal,  
 desgarrados, a pedazos,  
 no os arrojó, a bombardazos,  
 al campamento imperial.  
*(Los comuneros intentan atacar a los imperia-  
 les, pero doña Maria de Pacheco se interpone,  
 deteniéndoles con un soberbio ademán.)*

SOSA. Toledo, regia matrona,  
 ¿qué vas a hacer sin Padilla?

- LOPE. ¡Murió el león de Castilla!
- MARIA. ¡Pero aún queda su leona,  
que afilando en su aflicción  
la garra dura y cruel,  
sabría morir como él  
o vengar a su león!
- VILLE. (*Disponiéndose a salir, a doña María.*)  
¡De nuestros lazos reniego!
- LUDOV. (*A doña María.*)  
¡Jamás esper is favor!  
(*Doña María les señala a los imperiales la  
puerta. Estos van desfilando.*)
- MARIA. ¡Guerra, guerra a sangre y fuego!
- SOSA. (*A los conuneros, senal ndotes el grupo que  
forman doña María y su hijo.*)  
¡Respetemos su dolor!  
(*Todos se inclinan y van saliendo por la explanada  
del fondo. Entretanto doña María permanece serena,  
apoyada en el hombro de su hijo. La tarde empieza a  
palidecer en las sombras del crepúsculo. La luz de las  
lámparas se hace más intensa.*)

## ESCENA ULTIMA

*Doña María de Pacheco y Don Juan de Padilla.*

- JUAN. (*Al verse solo, alzando fieramente la cabeza y  
extendiendo el brazo.*)  
¡Venganza, padre!  
(*Viendo la actitud dolorosa de su madre, que  
al verse sola no puede refrenar su emoción.*)  
¡Señora!  
¡Quién lo había de pensar!  
(*Estalla en sollozos.*)
- MARIA. (*Estrechándole contra su seno en un llanto  
convulsivo.*)  
¡S , hijo mío...! ¡Ahora llora,  
que ya podemos llorar!  
(*Los dos, sollozando caen de rodillas al pie del*

*Cristo. Se abrazan estrechamente, ahogados en sollozos, mientras desciende poco a poco el telón.)*

## ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto anterior. Es de noche. La escena estará iluminada por las lámparas de la hornacina y algunas antorchas enclavadas en los muros.

### ESCENA I

*Sosa, el Arceidiano, el Balletero y soldados.*

*(Al alzarse el telón, Sosa conversa con los soldados bajo el arco del fondo.)*

SOSA.

Asegurad el portillo  
y vigilad las almenas,  
no vayan los imperiales,  
amparados por las nieblas,  
a conseguir por la astucia  
lo que no logran por fuerza.

*(Salen los soldados por la explanada de las almenas. Sosa se vuelve al centro de la escena)*

ARCED.

¡Duro es el cerco!

SOSA.

¡Y tan duro,  
que si Dios no lo remedia  
hará a Toledo famosa  
si ya famosa no fuera!  
¡Ha seis meses que sus muros  
expugnan, baten y asedian  
las huestes más numerosas  
que acampar el Tajo viera  
entre los huertos frondosos  
de sus fértiles riberas!

BALLES. ¿Y no nos vendrán socorros?



- SOSA. ¡Sólo de la Providencia,  
que desde que, traicionados  
de Villalar en las ciénagas,  
al pie de los imperiales,  
cayeron nuestras banderas,  
las ciudades de Castilla,  
ya por grado, ya por fuerza,  
una a una, fueron todas  
rindiendo sus fortalezas...!  
Tan sólo, altiva, Toledo  
a los imperiales reta...  
¡y será libre Castilla  
mientras Toledo no muera!
- ARCED. (*Lentamente, con profunda intención, como para escudriñar los pensamientos de Sosa.*)  
Mas ya su valor decae,  
que la plebe anda revuelta  
porque la peste y el hambre  
hacen más estrago en ella,  
que cañones y bombardas  
en sus cimientos de piedra.
- SOSA. La plebe no tiene culpa,  
sino los que la aconsejan,  
los que, cual Judas, la venden  
y en oro su sangre truecan.  
Mas ¡ay! si doña María  
de esas intrigas se entera,  
ha de hacer tal escarmiento  
que asombro del mundo sea.
- ARCED. (*Mirando fijamente a Sosa.*)  
¡Ella causa estos disturbios,  
porque a Toledo avergüenza  
que una mujer la gobierne,  
cual si en su seno no hubiera  
claros varones capaces  
de regiría en esta empresa;  
¡Para los hombres, la espada;  
para la mujer, la rueca!...
- SOSA. (*Amenazante.*)  
¿Qué osáis decir?
- ARCED. (*Cambiando de tono y en son de disculpa.*)

¡Lo que dicen  
a veces en las plazuelas...!  
Repito lo que murmuran,  
que yo he dado tales pruebas  
de lealtad a tu señora,  
que eluden toda sospecha.  
Y, ¡por mi patrón Santiago  
que mi lealtad no me pesa,  
porque en Castilla no hay hombre  
que en valor y en entereza,  
en tan graves circunstancias  
pueda competir con ella!

SOSA.

*(Con entusiasmo.)*  
¡Donde el peligro es más grande,  
donde es más dura la brega,  
allí su pecho indefenso  
a las espadas presenta,  
piadosa como una santa  
y altiva como una reina!  
¡Toda el alma de Castilla,  
brava, indómita y soberbia,  
parece que en los arcanos  
de su corazón encierra!  
¡Para sustentar la plebe  
y proseguir estas guerras,  
malbarató sus tesoros,  
las vajillas de su mesa,  
las sortijas de sus dedos  
y los collares de perlas,  
de diamantes y topacios  
que sobre sus senos eran  
como aljófar de rocío  
brillando entre rosas frescas!  
*(Resuenan las ánimas. Todos se santiguan.)*

ARCED.

Mas, escucha... ya las ánimas  
en la Catedral resuenan.  
¡Ve y avisa a tu señora  
que tengo que hablar con ella!

SOSA.

Tendréis que aguardar un poco,  
porque rezando en la iglesia  
de Santo Tomás se halla,

con sus pajes y sus dueñas.  
*(Se inclina, besa la mano al Arcediano y sale por la primera puerta de la izquierda.)*

## ESCENA II

*El Arcediano y el Ballestero.*

ARCED. *(Acercándose cautelosamente al Ballestero, después de haber escuartinado con la vista la estancia.)*

¿A don Pedro de Guzmán hiciste saber mi encargo?

BALLES. *(A media voz señalanuo la segunda puerta de la izquierda.)*

Y está, señor, vuestro aviso en esa estancia esperando.

ARCED. ¿Cómo sigue de su herida?

BALLES. Gracias a tantos cuidados como en servirle y honrarle la Pacheco ha prodigado, tan bueno está, que hoy a Sosa, con tener tan firme el brazo y esgrimir con gran maestría, de un golpe le ha desarmado.

ARCED. Pues avisale, Rodrigo. Y en tanto que con él hablo, vigila, no nos sorprendan; que es tan importante el caso, que una indiscreción podría conducirnos al cadaíso.

BALLES. ¡Mandad a vuestro albedrío, que en mí tenéis un esclavo!

ARCED. No te pesará servirme. Si de estas revueltas salgo Arzobispo de Toledo como me ofreció don Carlos, ya premiaré tus servicios y te haré subir tan alto,

que ha de ser el Ballestero  
 envidia de los hidalgos.

*(El Ballestero entra en la segunda puerta a la izquierda y al momento aparece en el dintel don Pedro Pérez de Guzmán. El caballero avanza lentamente, y mientras el Arcediano se inclina para saludarle, el Ballestero sale y se va a ocupar su puesto en las almenas.)*

### ESCENA III

*Don Pedro Pérez de Guzmán, el Arcediano, Ballestero*

ARCED. *(Saludando.)*

¡Don Pedro, al cielo bendigo,  
 porque la ocasión me ha dado  
 de admirar y conocer  
 al caballero, dechado  
 de lealtad, cuyo renombre  
 la fama va pregonando  
 para que eterno perdure  
 en el bronce y en el mármol!

PEDRO. *(Inclinándose cortésmente.)*

¿Qué tenéis que platicarme  
 cuando con tanto recato  
 me llamáis?

ARCED.

Tengo, don Pedro,  
 que entregar a vuestras manos  
 este pliego que os envía  
 el Cardenal Adriano.

*(Saca un pliego del seno y se lo entrega.)*  
 Leedle, y después de leerle,  
 como es natural, rasgadlo.

PEDRO. *(Después de leer el pliego a la luz de la lámpara para de la hornacina.)*

Aquí el Cardenal me ordena  
 que en servicio de Don Carlos,  
 nuestro Rey, que el cielo guarde,  
 acate vuestros mandatos.

*(Rasga el pliego y después se vuelve y contempla fijamente al Arcediano.)*

¿Quién sois, cuando así me obligan  
a serviros y acataros,  
siendo tan noble mi sangre  
y mi linaje tan alto,  
que mis mayores tuvieron  
reyes moros por vasallos?

ARCED. *(Humildemente.)*

Señor, de la Santa Iglesia  
Catedral, soy Arcediano,  
y aunque entre rebeldes vivo  
y por comunero paso,  
no puedo olvidar que al Rey  
mi juramento he prestado;  
¡que olvidar sus juramentos  
no es digno de un buen cristiano!

A los imperiales sirvo  
y por su causa trabajo,  
promoviendo entre la plebe  
algaradas y rebatos,  
y sembrando la discordia  
entre jefes y soldados.  
¿Que le falta pan al pueblo?  
Pues el motivo es bien claro...  
Por medio de mis secuaces  
correr las voces yo hago  
que es culpa de la Pacheco,  
que a bajo precio ha comprado  
todo el trigo de Castilla  
para venderlo más caro.

¿Que alguno muere de peste?  
¡Pues es un castigo santo  
que a Toledo Dios envía  
por haberse rebelado  
contra su señor, y andar  
con los franceses en tratos  
para entregarles el reino  
que a los infieles ganamos...!  
Y así, todo se revuelve...  
Y espero que si su amparo

como hasta aquí, no me niega  
nuestro buen patrón Santiago,  
muy en breve, entre repiques  
de campanas, y entre aplausos,  
en nuestra sagrada Sede  
veréis entrar, bajo palio,  
por la puerta del Perdón  
al Cardenal Adriano.

PEDRO. ¿Pero no teméis que antes,  
de vuestro juego enterados,  
os hagan los comuneros,  
reverencia, más pedazos  
que padrenuestros habéis  
en este mundo rezado?

ARCED. ¡Antes de poner, don Pedro,  
en entredicho mis actos  
dudarán de Juan Padilla,  
con haber Padilla dado  
en pro de los comuneros  
la cabeza en el cadalso,  
que yo sé tirar la piedra  
y esconder después la mano!

PEDRO. ¡Vive Dios, que sois terrible!

ARCED. A veces, señor, debajo  
de la piel de un corderillo  
hay un león disfrazado.

PEDRO. Mas ¿en qué puedo servirlos?  
Decid, señor Arcediano.

ARCED. A entregar estoy dispuesto.  
la ciudad. Mas para el caso  
necesito del concurso  
de un capitán esforzado  
que al frente nuestro se ponga.

¡Y en vos, don Pedro, he pensado!

PEDRO. Mas, ved que estoy prisionero...

ARCED. *(Riendo maliciosamente.)*  
¿Vos prisionero? ¡Ni el pájaro  
está más libre en el aire  
que vos en este palacio!

PEDRO. ¡Es cierto... Mas mi palabra  
me tiene más obligado,

que a todo buen caballero  
 si estima su honor en algo,  
 le pesan más sus palabras  
 que los grillos más pesados!

ARCED. Mas, suponed que estáis libre...

PEDRO. ¿Qué voy a hacer?

ARCED. Yo me encargo

de que se alborote el pueblo,  
 y cuando esté alborotado,  
 del Emperador en nombre,  
 de Toledo apoderaos,  
 encerrando a la Pacheco  
 presa en su propio palacio.

PEDRO. *(Sin poder reprimir su indignación.)*

¡Callad, callad tal vileza!  
 ¿Mi honor descendió tan bajo  
 que a ser me autoriza dueño  
 de quien debo ser esclavo?

¡En defensa de mi Rey  
 ya con mi sangre he regado  
 las áureas playas de Nápoles  
 y los campos castellanos,  
 y España entera conoce  
 la pujanza de mi brazo!  
 ¡Mas, cometer tal infamia  
 no puede quien ha heredado  
 la lealtad de los Guzmanes,  
 y ostenta sobre su manto  
 como una herida gloriosa  
 la roja cruz de Santiago!

ARCED. *(Insinuante.)*

Nuevas riquezas y honores  
 el Rey pudiera brindaros.

PEDRO. *(Con altivez.)*

¡Todo el oro de la tierra  
 no vale lo que yo valgo;  
 ni en el mundo honor existe  
 ni tan grande ni tan alto  
 como el que me da el escudo  
 que aquí, sobre el pecho, traigo!

ARCED. *(Dejando caer con intención las palabras.)*

¡Bien se conoce que andáis  
de la dama enamorado!

PEDRO. *(Herido en lo más hondo y vivo de su alma.)*  
¿Qué decís?

ARCED. *(Retrocediendo rastreramente ante la actitud  
violenta de don Pedro, y queriendo dar a sus  
palabras un tono ambiguo de chanza y de  
ironía.)*

...  
¡Murmuraciones  
y cuentos del populacho...!  
¡Yo nunca les presté crédito,  
porque nunca he sospechado  
que al par se pudiera ser  
carcelero y apresado!

PEDRO. *(Haciendo un esfuerzo terrible para refrenar la  
ira que le enciende.)*

¡Vive Dios, que si no fuera  
por respeto de esos hábitos,  
castigara la osadía  
de vuestra lengua, mi mano!  
¡Y dadle gracias al cielo,  
que no es poco lo que hago,  
al olvidar lo que he oído  
sin haberos castigado!

*(Le vuelve despectivamente la espalda, y sale  
por la segunda puerta de la izquierda. El Ar-  
cediano le sigue con la vista, inmóvil en el cen-  
tro de la escena, sin atreverse a dar un paso.)*

#### ESCENA IV

*El Arcediano, solo.*

ARCED. *(Después de desaparecer don Pedro.)*

¡Mal tino!... ¡En su corazón  
mi ballesta no hizo blanco!  
*(Sanriendo ferozmente.)*  
¡Mas sé el punto vulnerable  
donde dirigir mis dardos,  
y ¡vive Dios! que he de verlo



rodar a mis pies sangrando!  
*(Se queda de pronto inmóvil, con el entrecejo  
 arrugado, como si madurase un pan. Después  
 alza triunfalmente la cabeza, y una siniestra  
 alegría centellea en él.)*

No ha sido inútil la escena,  
 por que mi plan he trazado,  
 y no hay nada que destruya  
 los planes que yo me trazo.  
 ¡De esta vez, doña María,  
 vuestro honor cayó en mis manos,  
 y de ellas no ha de salir  
 sino deshecho a pedazos,  
 para que a Castilla entera  
 sirva de mofa y escarnio!  
 ¡Qué pronto sobre la plata  
 de estos mis cabellos blancos,  
 que con su oro y sus gemas  
 encanecieron soñando,  
 de la mitra arzobispal  
 habrá de lucir el fasto!

*(Mirando hacia la primera puerta de la izquierda.)*

Mas aquí llega la dama.  
 ¡Ocultad, buen Arcediano,  
 bajo plumas de paloma  
 vuestras garras de milano!

*(Vuelve a adquirir su expresión beatífica, mientras por la primera puerta de la izquierda aparecen doña María y don Juan de Padilla, precedidos de dos pajes con antorchas y acompañados de Sosa, Lope, damas, pajes y escuderos.)*

#### ESCENA V

*Doña María de Pacheco, el Arcediano, Don Juan de Padilla, Sosa, Lope, damas, pajes y escuderos.*

ARCED. *(Inclinándose humildemente ante doña María.)*  
 ¡Que el cielo guarde, señora,  
 y alargue vuestra existencia!

- MARIA. ¿A qué debo, en esta hora,  
que honréis con vuestra presencia,  
Arcediano, mi mansión?
- ARCED. Hablaros, señora, quiero...
- MARIA. Hablad, pues... Pero primero  
¡dadme vuestra bendición!  
*(El Arcediano la bendice; después, a una invitación de doña María, se sienta en el primer término de la derecha. Las damas lo hacen sobre los arcones del fondo. Sosa, los pajes y los escuderos permanecen de pie bajo el arco que da a las almenas, mientras don Juan conversa en voz baja con Lope en el ángulo de la izquierda.)*
- ARCED. ¡Es serio y grave el asunto!
- MARIA. ¡Vuestra actitud me sorprende!  
¿Tan grave es?
- ARCED. Hasta el punto  
que de él Toledo depende.
- MARIA. *(Con ansiedad.)*  
Mas, ¿qué es ello?
- ARCED. En puridad,  
que el pueblo se va cansando  
de luchar, y anda pensando  
en entregar la ciudad.
- MARIA. *(En un ímpetu irrefrenable de ira, clavando sus ojos en los del Arcediano.)*  
¡Y habrá quien a tal se atreva...!  
¡Y quien a decirlo acuda  
a quien por Toledo lleva  
estas tocas de viuda!
- ARCED. *(Queriendo tranquilizarla.)*  
Estudad la situación  
con calma, y si así lo hacéis,  
señora, comprenderéis  
que el pueblo tiene razón,  
pues en seis meses de asedios,  
de dura y tenaz batalla,  
agotó todos los medios  
y hambriento y pobre se halla.
- MARIA. ¡Tan veleidosa ha de ser

la plebe, que habrá ¡Dios mio!  
de olvidar hoy lo que ayer  
defendió con tanto brío,  
para rendir la ciudad  
a las plantas del tirano,  
bajo cuya férrea mano  
murió nuestra libertad...!

¡No es posible...! ¡Yo no puedo  
dar crédito a lo que oí,  
que antes de rendir Toledo  
tendrán que rendirme a mí!

ARCED. Su propia miseria abona  
del pueblo las veleidades,  
porque el hambre no razona  
de fueros ni libertades.

MARIA. *(En un arranque de indomable fiereza.)*  
¿Y vos osaréis también  
defender su cobardía?

ARCED. *(Con humildad.)*  
Perdonad, doña María,  
si no me he explicado bien.  
Mi franqueza no os irrite.  
No hablo yo... Mi voz ha sido  
el eco fiel que repite  
lo que a los demás ha oído.  
Yo soy vuestro amigo viejo,  
y siempre, señora, ha estado  
en las juntas del Concejo  
mi lealtad a vuestro lado.  
Y hoy esa misma lealtad,  
de cuya virtud dudáis,  
aquí me impulsa a que oigáis  
por mis labios la verdad.  
Hay que mirar cara a cara  
lo crítico de la hora,  
y encontrar recursos para  
que no se rinda, señora,  
Toledo a los imperiales.

MARIA. En su defensa he gastado  
hacienda, renta y caudales;  
y en sus manos he dejado

mis derechos de alcabales.  
 ¡Y ahora, mi hijo y yo, nos vemos  
 sin más joyas ni más galas  
 que las que puestas tenemos!

ARCED. En cambio, más de un señor  
 hay, cuyo lujo se atreve  
 a insultar con su esplendor  
 las miserias de la plebe.

*(Pequeña pausa. Doña María permanece un instante pensativa, con la cabeza entre las manos.)*

Todo lo tengo pensado,  
 y hay medios...

MARIA. Para calmar  
 la agitación popular.

¿qué medios habéis hallado?

ARCED. Hay uno, según yo creo.

MARIA. *(Alzando de nuevo la cabeza con profunda ansiedad.)*

¿Cuál es?

ARCED. *(Sin dar importancia a lo que dice.)*

Pues dar rienda suelta  
 a la popular revuelta  
 para que acabe en saqueo.

MARIA. *(Alzándose fieramente.)*

¿Qué os atrevéis a decir?

¡En cobardes bandoleros

así queréis convertir

a mis bravos comuneros!

¿Vos, un siervo del Señor,

tal me aconsejáis ahora?

ARCED. *(Tranquilamente.)*

Entre dos males, señora,  
 se elige siempre el menor.

Con calma vos medita  
 en el problema, que es éste:

de una parte, la ciudad

invadida por la peste

y por el hambre acosada.

De otra parte, esos señores

que, indecisos o traidores,

ni nos sirven, ni dan nada,

Yo en tal problema no veo,  
ni encuentro más solución  
que rendirnos o el saqueo...

MARIA. *(Después de honda lucha interior.)*  
¡A vos dejo la elección!

ARCED. ¡Grave asunto!  
¡Si lo es!  
Y por ello os aconsejo  
que lo penséis, y después  
resolváis en el Concejo.  
*(Con voz insinuante.)*  
Aceptad mi solución,  
y con ella a un tiempo dad  
un ejemplo a la ciudad  
y al pueblo satisfacción.  
*(Inclinándose cortésmente.)*  
Dadme a besar vuestra mano.  
Me voy...

MARIA. Con el cielo id.  
*(Volviéndose a los suyos.)*

ARCED. ¡Honrad a nuestro Arcediano!  
¡Mi bendición recibid!  
*(La bendice, y sale precedido de pajes con antorchas, y seguido de Sosa, Lope, damas y escuderos. Don Juan y doña María le acompañan hasta la puerta.)*

## ESCENA VI

*Doña María de Pacheco y don Juan de Padilla.*

MARIA. *(Reparando en la actitud fiera y sombría de su hijo y acercándose a él.)*  
¿Qué honda desesperación  
devora tu corazón?  
¿Y al aullido de qué hiena  
se ha encrespado tu melena,  
cachorrico de león?  
¿Qué angustia dura y fatal  
cortó tu vuelo triunfal,

- aguilucho castellano,  
 más libre y más soberano  
 que el águilucho imperial?  
 ¿Quién mueve a tu dicha guerra?  
 ¿En qué piensas, hijo mío?  
**JUAN.** *(Con acento duro y la faz sombría.)*  
 ¡En que es inútil el brio  
 que en mi corazón se encierra;  
 y en que nadie, en esta tierra  
 que su orgullo me prestó,  
 más desdichado nació,  
 cuando aún existen, madre,  
 los verdugos de mi padre  
 viviendo en el mundo yo!  
 ¡Cuando su memoria evoco  
 y su triste fin recuerdo,  
 la rabia me vuelve loco,  
 y de coraje me muerdo  
 puños que valen tan poco,  
 que, incapaces de elevar  
 en el combate la lanza,  
 aún no tuvieron pujanza  
 para aturdir y espantar  
 al mundo con su venganza!  
**MARIA.** *(Atrayéndole.)*  
 ¡Esperanza de Castilla,  
 entre mis brazos humilla  
 la altivez de tu quebranto!  
 ¡Ven, y verás cómo brilla  
 mi sonrisa entre mi llanto!  
 ¡Pensando en lo que en ti fio,  
 y en aquel amor sagrado  
 que tan pronto, por ser mío,  
 cubierto en sangre ha finado,  
 a la par lloro y sonrío!  
 Acércate más a mí,  
 y da a mis labios la miel  
 de tus besos, porque si  
 mis llantos son para él,  
 mi sonrisa es para ti.  
*(Estrechándole contra su corazón.)*

¡Si en sus brazos aprisiona  
 esta frente altiva y fiera  
 que la juventud corona,  
 se convierte la leona  
 en una blanca cordera!  
*(Acariciando su frente.)*  
 ¡Tus bucles acariciando  
 poco a poco, su fiereza  
 va en ternura transformando,  
 que siempre rugiendo empieza  
 para terminar llorando!  
*(Estalla en llanto.)*

JUAN. *(Desprendiéndose de los brazos maternos.)*

¡No lloréis más, por favor,  
 porque el llanto de dolor  
 que por vuestra faz descende,  
 en vez de apagar, enciende,  
 aviva más mi furor!  
 En vez de tanto gemir,  
 dadme un escudo, una lanza,  
 algo con que pueda herir,  
 y dejadme al campo ir  
 a realizar mi venganza;  
 que si no logro vengar  
 la sangre de vuestro esposo,  
 seré indigno de llevar  
 el apellido glorioso  
 del héroe de Villalar.

MARJA. *(Estremecida de espanto.)*

¿Qué dices, hijo, qué dices?  
 ¡Dejarme sola, don Juan,  
 como un árbol sin raíces,  
 en medio del huracán...!  
 En la lucha fratricida,  
 ¿cómo consentir podré  
 que expongas también tu vida?  
 ¡Castilla está bien servida!  
 ¡Le di mi esposo...! ¡Que pida  
 mi sangre, y se la dará...!  
 ¡Todo por ella perdí...!  
 Sólo perderte no quiero.

¡Tú no...! ¿Qué me importa a mí  
que se pierda el reino entero  
con tal de tenerte a ti?  
*(Reparando de pronto en el Cristo de la hornacina.)*

Aquí, a tu padre, guardar  
juré tu vida...

JUAN. *(Con intrépida fiereza.)*

¡Y el hijo

al pie de este mismo altar  
y ante el mismo Crucifijo,  
su muerte juró vengar!

MARIA. ¡Aquí una madre, de pie,  
ante el pueblo que la oyó,  
guardar tu vida juró!

JUAN. ¡Ante el mismo pueblo, yo  
vengar mi padre juré!

MARIA. *(En un arranque de desesperación, estallando  
en sollozos y echándole los brazos al cuello.)*

¡Pues da mi pena al olvido;  
ve y ármate caballero,  
y espoleando tu overo,  
cumple lo que has prometido;  
mas ¡ay! con el mismo acero  
con que vengues, denodado,  
las afrentas de tu padre,  
antes habrás traspasado  
el corazón de tu madre!

*(Quedan un instante abrazados al pie de la  
hornacina. Por la puerta de la izquierda, del  
primer término, aparecen Sosa y Lope, que se  
detienen en el umbral de la puerta, profunda-  
mente emocionados.)*

## ESCENA VII

*Dichos, Sosa y Lope.*

SOSA. *(Contemplándolos desde el dintel, y deteniendo a Lope.)*



¡Si mi señor desde el cielo  
 los pudiese contemplar,  
 las lágrimas de sus ojos  
 iban a formar un mar!  
*(Al rumor de los pasos, don Juan se desprende  
 de los brazos maternos.)*

MARIA. *(Volviéndose, sorprendida, y haciendo un terrible esfuerzo para serenarse.)*

¿Quién es?

SOSA. Soy yo, mi señora.

*(Inclinándose.)*

MARIA. *(Con la voz aún conmovida, queriendo alejarte de su lado.)*

Ve a mi cámara, que allá,  
 del estado de Toledo  
 tenemos largo que hablar.

*(Volviendo a su hijo.)*

Adiós, mi hijo, y olvida  
 tus penas, porque ya habrá  
 tiempo para tu venganza  
 y para todo lugar.

Recógete pronto al lecho,  
 que es hora de reposar.

JUAN. *(Inclinándose.)*

Vuestra bendición, mi madre.

MARIA. ¡Que Dios te ampare, don Juan!

*(Sale con Sosa por la segunda puerta de la izquierda.)*

## ESCENA VIII

*Don Juan de Padilla y Lope.*

JUAN. *(Misteriosamente, después de haber acompañado a su madre hasta la puerta, y observando un momento desde el umbral.)*

Buen Lope, ¿ensillaste el potro?

LOPE. Señor, ensillado está,  
 relinchando de impaciencia  
 el pie de ese ventanal.

JUAN. ¿Y las armas?

- LOPE. En el patio,  
bruñidas y prontas ya.
- JUAN. Mas los guardias del portillo...
- LOPE. ¡Por ellos tranquilo estad,  
que conozco el santo y seña  
y nos dejarán pasar!  
Mas si sabe vuestra madre  
la andanza...
- JUAN. ¡La ignorará  
hasta que vueiva triunfante  
su altiva frente a besar!  
¡Desde que supe que andaba  
Juan de Ulloa en el real  
de las huestes imperiales,  
mi corazón no halla paz,  
que la venganza y el odio  
no le dejan reposar!  
En vano busco en la noche  
un lecho y un cabézal,  
pues apenas llega el sueño  
mis párpados a besar,  
cuando la paterna sombra  
surge de la oscuridad  
y murmura en mis oídos  
con voz que me hace temblar:  
"—¡Aquel que al sueño se rinde  
sin sus agravios vengar,  
no es digno de tener sangre  
del héroe de Villalar!  
¿No ves esta cuchillada  
roja, que cruza, don Juan,  
como rúbrica infamante,  
de parte a parte mi faz?  
¡La mano de Juan de Ulloa  
abriómela, cuando ya  
derribado del caballo  
en medio de un cenagal,  
destrozado el yelmo y rota  
la lanza de alancear,  
mi espada y mi guante había  
rendido al bando imperial!"—

Y yo a la sombra paterna,  
para que repose en paz,  
la mano que le ultrajara  
he jurado cercenar...  
¡Y lo que el labio ha jurado  
mi brazo lo cumplirá!

LOPE. Mas ved que vos sois un niño  
y el de Ulloa es hombre tal,  
que goza en Castilla fama  
de esforzado capitán.

JUAN. ¡Cuanto más fuerte el contrario,  
mayor el triunfo será!

LOPE. ¡Moriréis en la contienda!...

JUAN. ¡Manchado mi honor está,  
y si no logro la mancha  
que lo deslustra borrar,  
mi propia existencia, Lope,  
será una ignominia más!...  
Descuélgame aquesa espada...

*(Señalando a una que hay en la panoptia que  
adorna como un ex voto la hornacina.)*

LOPE. *(Descolgándola.)*

¡Tanto pesa, que será  
un milagro que la puedan  
vuestras manos sustentar!

JUAN. *(Empuñando el acero.)*

¡Toledanos, a los gritos  
de ¡Santiago y Libertad!,  
el hijo de Juan Padilla  
a su padre va a vengar!

*(Mirando a la puerta por donde salió su madre.)*

¡Descansa en tu techo, madre,  
que mañana, al despertar,  
la mano que te ha ultrajado  
verás a tus pies sangrar!

*(Arrodillándose ante el Cristo.)*

¡Señor, bendice este brazo  
que animoso va a vengar  
a la sangre de Castilla  
derramada en Villalar!

*(Sale rápidamente por el foro, seguido de Lope. La escena queda un instante sola.)*

### ESCENA IX

*Doña María de Pacheco y Don Pedro Pérez de Guzmán.  
Que aparecen conversando por la última puerta de la izquierda.)*

MARIA. *(Con solicitud.)*

¿Os causa daño vuestra herida?

PEDRO.

¿Como sentir, señora, el daño,  
si la ha vendado vuestra toca  
y la han curado vuestras manos?

*(Pequeña pausa.)*

MARIA.

*(Queriendo romper aquel silencio angustioso.)*

¡Gallardamente combatisteis!

PEDRO.

¿Y como no lidiar gallardo  
el que desprecia la existencia  
porque la muerte va buscando?

*(Un nuevo silencio vuelve a pesar sobre sus corazones.)*

MARIA.

*(Como recordando.)*

Cuando en la Athambra, entre las flores  
de regios cármenes jugábamos,  
¡ay! ¡quién pensara que algún día  
os viera entrar ensangrentado,  
como rendido prisionero,  
por el umbral de mi palacio!

PEDRO.

*(Vivamente, con acento doloroso.)*

¿Cuándo dejó de ser mi vida  
esclava vuestra, si al miraros,  
en las mazmorras de esos ojos  
quedó mi espíritu apresado?

*(Pequeña pausa de evocación y de quietud.)*

MARIA.

¿Os acordáis? ¡Un mediodía  
jugando solos en el Patio  
que llaman de los Arroyanos,  
queriendo yo espantar un pájaro  
que desgranaba sus canciones

entre las flores de un naranjo,  
 con una piedra, sin quererlo,  
 herí de pronto vuestros labios!...  
 ¡Después desde estos almenares,  
 sin que pudiera sospecharlo,  
 con el astil de una saeta  
 bañé de sangre vuestro manto!...

PEDRO. ¡Sin querer, todas mis heridas  
 las abren siempre vuestras manos!

MARÍA. ¡Mas recordad también que ellas  
 las que os abrieron os cerraron!...

PEDRO. *(Con todo el fuego de su pasión desesperada.)*

¡Pero hay, señora, acaso alguna  
 que en mi interior está sangrando,  
 y ésa cerrarla no han podido  
 vuestras piedades ni los años!  
 ¡La misma Muerte no la cura,  
 pues como sangra en lo más santo  
 del alma y es el alma eterna,  
 poder no tiene para tanto!

MARÍA. *(Severamente.)*

¡Herida es ésa, caballero,  
 para la cual no existen bálsamos!  
 ¡Rogad a Dios que os los conceda,  
 porque Dios solo puede dároslos!

PEDRO. *(Después de un corto silencio, bajando triste-  
 mente la cabeza, con la voz rota de emoción.)*

¿Para qué hablasteis de Granada  
 y de las horas que pasamos  
 juntos soñando en los jardines  
 de aquel Alcázar encantado?  
 ¿Por qué evocar al que de pronto  
 ciego, señora, se ha quedado,  
 la luz y el sol que en otros tiempos  
 a sus pupilas deslumbraron?

*(Acercándose más a ella.)*

¿Os acordáis, doña María?  
 Hace ya más de veinte años,  
 y aún me parece que la escena  
 están mis ojos contemplando...

Tras larga ausencia, en la que anduvo

con las banderas de Gonzalo  
 de Córdoba, por las feraces  
 tierras de Italia, guerreando,  
 lleno de gloria regresaba  
 sobre su potro jerezano  
 al paraíso de Granada  
 un caballero enamorado...  
 ¡Con qué placer sus ojos vieron,  
 entre el incendio del ocaso,  
 brillar las torres de la Alhambra  
 sobre los cármenes del Darro!  
 —¡Tras las moriscas celosías  
 de un ajimez de oro y de mármol,  
 me esperarán aquellos ojos  
 que mis tinieblas alumbraron!...  
 —dijo el doncel... Y de impaciencia  
 y de ternura palpitando,  
 hundió los férreos acicates  
 en los ijares del caballo,  
 que estremecido hasta las crines  
 veloz, sorbiéndose el espacio,  
 tendido entró por Puerta Elvira  
 lanzando chispas bajo el casco.  
 La gente al verle se decía:  
 —¡Ved qué jinete tan bizarro!—  
 Y él, orgulloso, murmuraba,  
 la crin del potro acariciando:  
 —¡Vuela corcel, que allá me esperan  
 rotos en miel aquellos labios  
 que por la cruz de aquesta espada  
 amor entero me juraron!—  
 Casi en la cuesta de Gomeles  
 sintió el estruendo limpio y claro  
 de las campanas de la Alhambra,  
 que estaban todas repicando.  
 —¿Por qué repican con tal brio?—  
 dijo, su potro refrenando...  
 Y alguien repuso: —¿No conoce  
 las novedades el hidalgo?  
 ¡La hija del Conde de Tendilla  
 esta mañana se ha casado

con el más noble caballero  
 que en sus cristales miró el Tajo!—  
 ¡Quiso estallarle la armadura;  
 quedóse mudo, inmóvil, pálido,  
 y por la noche de su alma  
 cruzó la sombra del espanto!...  
 ¡Y de Granada para siempre  
 salió, sintiendo entre sus labios  
 arder el fuego del infierno  
 en el acíbar de su llanto!...  
*(Balando la voz y mirando fijamente a doña María.)*

¿Conocéis vos, doña María,  
 a ese galán enamorado?

MARIA. *(Después de una breve pausa, alzando serenamente la frente y con la voz firme, aunque un poco emocionada.)*

¡Aunque le conociera  
 y con el alma entera  
 sintiese su dolor, lo callaría:  
 que si basta la nube más ligera  
 para empañar el sol del mediodía,  
 un recuerdo inocente,  
 la más leve sonrisa, una mirada  
 pueden también nublar eternamente  
 el límpido cristal de un alma honrada!

PEDRO. *(Protestando caballerescamente.)*

¡Mi señora!...

MARIA. ¡Olvidemos

aquel sueño, Guzmán, que hemos soñado,  
 y en nuestros corazones sepultemos  
 para siempre el recuerdo del pasado!  
 ¡Recobrad vuestro temple valeroso,  
 y trocad ese afecto que os humilla  
 por un amor más grande y generoso:  
 el amor infinito de Castilla!  
 ¡De esa austera e indómita matrona  
 que prodigando al oro sus desdenes,  
 ha forjado con hierro su corona  
 para que dure más sobre sus sienes!  
 Ayer fué fuerte, ubérrima y altiva

como su propia tierra... ¡Y vedla ahora  
 cual destronada emperatriz cautiva  
 que entre sus hierros su grandeza flora!...  
 ¡Contemplad destruidas sus ciudades,  
 afrentado su honor, rotos sus fueros  
 y holladas sus antiguas libertades  
 por la planta de impuros extranjeros  
 que, sedientos de honores y tesoros,  
 tiñendo en nuestra sangre su cuchilla,  
 se entraron por las puertas de Castilla  
 cual si fueran, Guzmán, tierra de moros!  
 De la opulenta y pródiga Medina  
 del Campo, los escombros humeantes;  
 de Burgos los suplicios infamantes;  
 de tantos pueblos la sangrienta ruina;  
 la gleba estéril, y el taller deshecho...  
 Y tantas insolencias y desmanes,  
 ¿cómo no han despertado en vuestro pecho  
 el antiguo valor de los Guzmanes?

PEDRO. *(Enardecido por las palabras de doña María.)*

¡Qué mal me conocéis, doña María!  
 Si yo tuviese ahora  
 alguien por quien luchar, ¿creéis, señora,  
 que en contra de mi patria lucharía?  
 ¡Castellano nací, y amo la tierra  
 que regaron con sangre mis abuelos  
 y de mis muertos la ceniza encierra;  
 pero al campo enemigo, en esta guerra  
 me arrastraron las ansias de mis celos!  
 Hubo un hombre en la tierra, a quien odiaba  
 con tan ciego furor, con sed tan loca,  
 que para el frenesí que me abrasaba  
 era la sangre de sus venas poca...  
 ¡El con los comuneros militaba;  
 y yo, para poder con más vehemencia  
 saciar mis ciegos odios infernales,  
 desoyendo la voz de la conciencia,  
 me alisté en las banderas imperiales!

MARIA. *(Con gesto desesperado.)*

¡No pronunciad su nombre!... ¡Os lo suplica  
 mi corazón!



PEDRO. El odio se ha apagado...  
 ¡Cuánto toca la Muerte, santifica,  
 y hoy es su nombre para mí sagrado!  
 ¡Vos fuisteis la culpable!... ¡Mas ahora  
 que el odio se extinguió, brindaros quiero  
 para seguir luchando, el fuerte acero  
 que humilde rindo a vuestros pies, señora!  
*(Rinde cortésmente la espada mientras estalla  
 un clamor confuso bajo las almenas. Los dos  
 vuelven bajo el arco a observar. La luz de la  
 luna platea la noche.)*

### ESCENA ULTIMA

*Dichos, Sosa, Lope, damas, pajes y soldados.*

MARIA. ¡Escuchad!

PEDRO. *(Observando desde las almenas.)*

En confusa gritería  
 la soldadesca enfurecida corre  
 hasta los altos muros de esta torre.

VOCES. *(Fuera.)*

¡Al arma!... ¡Al arma!  
*(Aparece Lope en la explanada, seguido de  
 Sosa y soldados.)*

PEDRO. ¡Ved!

LOPE. *(Gritando desde las almenas.)*

¡Doña María!  
*(Penetra en la estancia. Doña María corre a  
 su encuentro. La soldadesca se agolpa bajo el  
 arco mientras las damas aparecen pálidas y  
 asustadas en los umbrales de las puertas de la  
 izquierda.)*

MARIA. ¡Perdonadme, señora!  
 Dí, ¿qué tienes  
 que jadeante y demudado vienes?

LOPE. *(Con la voz ahogada por los sollozos, estre-  
 chando las manos de doña María.)*  
 ¡Perdonad el dolor con que os aflijo!  
 Yo intenté a sus proyectos rebelarme...

- Mas él fué terco y consiguió arrastrarme.  
 MARIA. *(Con profunda ansiedad.)*  
 Mas, ¿quién, di, te arrastró?
- LOPE. ¿Quién? ¡Vuestro hijo!
- MARIA. ¿Mi don Juan?
- LOPE. Animoso y altanero,  
 a vengar a su padre y vuestro esposo  
 al campo fué; mas al cruzar el foso,  
 cayó en una emboscada prisionero!  
*(Doña María lanza un grito y se cubre el rostro con las manos.)*  
 ¡Luchó como un león!... ¡Si hubierais visto  
 saltar al bravo empuje de su lanza,  
 yelmo, cotas y escudos, ¡vive Cristo!,  
 que os hubiese espantado su pujanza!
- MARIA. *(Como si te desgarrasen las últimas fibras de las entrañas, tendiendo los brazos al cielo.)*  
 ¡Madre de Dios, divina nazarena,  
 sólo el agudo diente de esta pena  
 faltaba entre la angustia de mis males,  
 y entre tantos dolores ulcerados,  
 para también, cual Vos, llevar clavados  
 sobre mi corazón, siete puñales!  
*(De súbito se yergue, como poseída de un vértigo destructor, dirigiéndose a los soldados, que se agolpan bajo el arco del fondo.)*  
 ¡Dad a la noche un resplandor de aceros  
 y volad a salvarle, comuneros  
 que sois defensa y gloria de Castilla!  
*(Sollozando de súbito, como si su corazón fuese a estallar.)*  
 ¡Atended los sollozos de una madre!  
 ¿O dejaréis que el hijo de Padilla  
 caiga también como cayó su padre?  
*(Su garganta se ha hinchado y todo su cuerpo se estremece de angustia. La súplica se hace lágrimas en sus ojos.)*  
 ¡Es mi hijo!... Por darle un solo beso,  
 por escuchar su acento nuevamente...  
 por alisar los rizos de su frente  
 y abrazarle otra vez... ¡Por todo eso,

pedid cuanto queráis!... ¡Mil arcas llenas  
de oro, riquezas y poder sin cuento,  
y la última sangre de mis venas  
y el último suspiro de mi aliento!

PEDRO. *(Avanzando resueltamente, después de haber  
arrebataado de las manos del porta-enseñas el  
pendón de los Comuneros.)*

¡Señora, a vuestros pies está mi suerte!  
¡Y vengo, altivo, a reclamar la gloria,  
de llevar esta enseña a la victoria,  
o, entre sus pliegues, encontrar la muerte!  
*(Extendiendo el brazo hacia el altar.)*

¡Por el glorioso escudo de mi banda,  
por la fe de ese santo Crucifijo,  
os juro libertar a vuestro hijo  
o perder la existencia en la demanda!  
Y si en la lucha ensangrentada muero,  
moriré siempre fiel a este oriflama,  
como debe morir un caballero:

¡por mi Dios, por mi Patria y por mi dama!  
*(Se inclina ante doña María, y desaparece con  
los soldados por la explanada, mientras la Pa-  
checo se abraza, para no desplomarse, a la co-  
lumna del arco del fondo, cercada de sus due-  
ñas y damas.)*

TELÓN

## ACTO TERCERO

La antigua plaza de la Catedral de Toledo. Al fondo la famosa Puerta del Perdón. Al abrirse las hojas principales de esta puerta se verá parte de la nave central del Templo. A la izquierda, los soportales del Concejo, separados por una estrecha calleja de los fuertes muros de la Torre de la Catedral. A la derecha, en el primer término, los soportales de una hostería, y en el último, la desembocadura de una calle. En todo perdura ese aire grave y austero de las viejas plazas castellanas. Empieza a amanecer.

## ESCENA I

Sosa, Ramiro, Lope, soldado 1.º y soldados, conversando

SOSA. (A Ramiro.)

¡Dinos un nuevo romancel!

RAMIR.

¡Venga vino y escuchad  
el del hijo de Padilla!  
(Dándole de beber.)

LOPE.

¡Viva Padilla!  
(Los soldados gritan.)

RAMIR.

(Imponiendo silencio.)  
¡Callad,

y con atención oídme  
porque voy a comenzar!  
(Los soldados forman un corro en torno de  
Ramiro. Este, después de apurar la bota que  
le entregó el soldado primero, temple un viejo  
laúd y a sus sonos empieza a recitar.)

¡El hijo de Juan Padilla,  
dentro de la Catedral,  
por los Santos Evangelios  
juró a su padre vengar!  
¡Y armado de punta en blanco,  
cabalgando en su alazán,  
de Toledo se ha salido,  
camino de Villalar!  
Detrás de una celosía,

al contemplarle pasar,  
 una doncella le dice,  
 bañada en llanto la faz:  
 —¿Dónde vas, Juan de Padilla,  
 tan bizarro y tan galán,  
 si apenas pueden tus manos  
 la férrea lanza empuñar?—  
 Y Padilla le responde:  
 —¡Mi padre voy a vengar  
 porque de valor me sobra  
 lo que me falta de edad!—  
 —¡Vuélvete, Juan de Padilla,  
 al regazo maternal,  
 que son tantos los contrarios,  
 que la muerte te han de dar!—  
 —¡Si en mi corazón lá muerte  
 su lanza logra astillar  
 sabré morir como ha muerto  
 el héroe de Villalar!—  
 Así Padilla responde;  
 y su voz tiembla al hablar,  
 que la rabia que le ahoga  
 no le deja respirar.

Y espoleando su potro  
 y dando suelta al randa,  
 entre una nube de polvo  
 perdido en un olivar...  
 ¡Y los ojos de su madre  
 no le han vuelto a contemplar,  
 que herido por seis lanzadas,  
 a los pies de su alazán,  
 para pasto de los cuervos  
 quedó en el campo imperial!  
*(Momento de silenciosa emoción. Ramiro deja  
 el laúd en manos de un soldado.)*

LOPE. ¡Pobre madre! ¡De su pena  
 los cielos tengan piedad!

SOSA. ¡Con las tocas desgarradas,  
 deshecha en llanto la faz,  
 como la Virgen María  
 en el Jueves Santo, va

preguntando por su hijo  
de puerta en puerta; y es tal  
la amargura de su acento  
y la angustia de su afán,  
que ningún labio se atreve  
a decirle la verdad!

RAMIR. ¿Y no lograsteis, buen Sosa,  
el cadáver rescatar?

SOSA. ¡En vano al campo salimos  
con don Pedro de Guzmán,  
el más noble caballero  
y más bravo capitán  
que los campos de Castilla  
han sentido cabalgar;  
y en vano, rotos los cercos  
del campamento imperial,  
nuestros brazos se cansaron  
de herir y de acuchillar,  
que sin él, tintos en sangre,  
tuvimos que regresar,  
para aplacar los tumultos  
que devoran la ciudad!

LOPE. ¡Pues yo pienso que la plebe  
razón tuvo, al saquear  
los palacios de esos nobles  
que derrochan su caudal  
en licenciosos festines,  
mientras el pueblo, sin pan,  
va sembrando de cadáveres  
las calles de la ciudad!...

¡La misma doña María  
la razón al pueblo da!

RAMIR. ¡Pues dar la razón al pueblo  
es lo mismo que entregar  
Toledo a los imperiales,  
que los nobles no querrán  
ayudarla, y sin su ayuda,  
Toledo se rendirá!

LOPE. Ya no hay nobles... De Castilla,  
la nobleza, ¿dónde está  
cuando así deja que muera

- nuestra antigua libertad?
- RAMIR. Dime, y el pueblo, ¿que ha hecho por defenderla? ¡Robar a mansalva en las ciudades, y en las batallas tirar las armas, para huir delante del ejército imperial!
- LOPE. ¿Quién al par que al pueblo, osa esta canas ultrajar?
- RAMIR. ¡Quién lleva al cinto esta espada!
- LOPE. ¡Pues desnúdala, y verás cómo esa espada en tus manos su acero trueca en cristal!  
(*Tiran de las espadas. Al ir a acometerse se interpone Sosa.*)
- SOSA. (*Con energía.*)  
¿Acaso los enemigos alzaron el cerco ya, cuando vuestra propia sangre así queréis derramar?
- LOPE. ¡Presto, al cinto los aceros!  
(*Tornando la espada al cinto.*)  
¡Hágase tu voluntad, ya que de doña María ostentas la autoridad, y desacatarte fuera su poder desacatar!  
(*Todos lo imitan.*)
- SOSA. ¡Comuneros, para siempre las rencillas olvidad, y por esas esculturas que adornan la Catedral,  
(*Señalando las que ornan la fachada del templo.*)  
jurad sólo por Castilla vuestra sangre derramar!  
(*Todos extienden las espadas y juran.*)
- LOPE. ¡Todos contigo juramos!
- SOSA. ¡Lope, vete a vigilar con tus gentes a Toledo, que aun cuando tranquilo está,

pueden volver las revueltas;  
 pues la plebe es como el mar,  
 y basta el soplo del viento  
 para volverla a encrespar!  
*(Lope, seguido de los soldados, desaparece por  
 la calle de la izquierda, mientras que por los  
 soportales del Concejo aparece el Arcediano.)*

## ESCENA II

*Arcediano, Sosa y Ramiro.*

- SOSA. *(Inclinándose.)*  
 ¡Salud, señor Arcediano!
- ARCED. ¡Buen Sosa, el cielo os proteja!  
 ¿Y tu señora?
- SOSA. Rezando  
 con sus damas en la iglesia.
- ARCED. *(Sonriendo.)*  
 ¡Bien resultó la jugada!
- SOSA. A mí, Arcediano, me pesa,  
 que prestar alas y alientos  
 a la popular licencia,  
 es cual si a un barril de pólvora  
 se le aplicase una mecha.  
 ¡Mirad lo que ha sucedido!  
 ¡Aún los escombros humean  
 de tanta rica morada,  
 de tanta noble vivienda  
 como después del saqueo  
 la plebe tiró por tierra,  
 a leales y a traidores  
 tratando de igual manera,  
 que los ojos no distinguen  
 cuando la rabia los ciega!
- ARCED. ¡Fue justicia de la plebe!...
- SOSA. Mas la plebe siempre trueca  
 en puñales las espadas  
 y las antorchas en teas,  
 que en el robo y el pillaje



sus instintos se despiertan,  
y ¡ay de quien despierte, osado,  
los instintos de la fiera!  
¡Hoy, después de tanta ruina,  
Toledo está más revuelta,  
porque nobles y villanos  
las armas con furia aprestan,  
para vengar sus ultrajes  
y castigar sus afrentas!

ARCED. ¡Si el consejo salió malo,  
la intención ha sido buena!  
¡Mas el remedio de ahora,  
que Dios me lo tome en cuenta,  
si no da la paz al pueblo  
afianzando la nobleza!

SOSA. Mas temo...

ARCED. ¡Vanos escrúpulos  
que asaltan vuestra conciencia!  
¿De qué le sirven, buen Sosa,  
al Cabildo sus riquezas?  
Cristo nació en un pesebre  
y practicó la pobreza...  
¡Su vida es espejo donde  
debe mirarse su Iglesia!

SOSA. Mas si el Cabildo a entregarnos  
esos tesoros se niega...

ARCED. ¡Si no los dieran de grado,  
los tomaremos por fuerza!

SOSA. Mas, ¿será doña María  
capaz de hacer tal ofensa  
a la religión?

ARCED. ¡Buen sosa,  
poned freno a vuestra lengua!  
Yo mismo le he aconsejado  
tomar esa providencia.  
¿Y cómo, siendo quien soy,  
y sabiendo quién es ella,  
tal acción le aconsejara  
si justa no la creyera?  
¡Si hay delito en mi consejo,  
en mí recaiga la pena!

SOSA. ¡Perdón, señor Arcediano!  
Y si vos me dais licencia  
voy a congregar mi tropa,  
porque la hora se acerca  
del Concejo, y es prudente  
prevenirse por si hubiera  
algún disturbio.

ARCED. ¡Que el cielo  
os saque en bien de esta empresa!  
*(Sosa se va por la izquierda. Ramiro se aproxima al Arcediano.)*

### ESCENA III

*El Arcediano y Ramiro.*

ARCED. ¿Qué tal cumpliste mi encargo?

RAMIR. Por calles y por plazuelas  
no se habla de otra cosa,  
y la plebe anda revuelta,  
porque los buenos cristianos  
sufrir no pueden tal mengua.

ARCED. ¿Tus hombres?...

RAMIR. Estad tranquilo,  
que cuando el caso suceda  
a la voz de ¡viva el Rey!  
correrán a abrir las puertas  
a las huestes imperiales  
que prevenidas se encuentran,  
mientras yo con los más fieles,  
de Sosa y Lope las fuerzas  
rendimos o acuchillamos;  
y así ¡la Pacheco queda  
entregada a nuestro arbitrio  
sin amparo y sin defensa!

ARCED. ¿Y don Pedro de Guzmán?

RAMIR. Desde antes que amaneciera  
emboscados, varios hombres,  
por esas calles le acechan,  
y será la primer víctima

de la popular revuelta.  
 ARCED. (*Sin poder refrenar su alegría.*)

¡Ramiro, mitrado soy  
 si salgo bien de esta empresa,  
 que si rendimos Toledo  
 verás cómo el Rey me premia  
 con la mitra más gloriosa  
 que existe sobre la tierra;  
 pues ser mitrado en Toledo  
 en Castilla tanto pesa,  
 como en Roma ser Pontífice  
 con ser Padre de la Iglesia!

RAMIR. ¿Mas si nuestro plan fracasa?

ARCED. ¡Habrá que tener paciencia,  
 y seguiré de Arcediano  
 en tanto que Dios lo quiera!

(*Resuena la campana del Concejo; algunos nobles señores van apareciendo por la calle de la izquierda.*)

Mas, silencio. Del Concejo  
 ya la campana resuena,  
 y a la sesión de la junta  
 algunos señores llegan.  
 Voy a darles la noticia.  
 ¡Tú ve a dar el santo y seña  
 para que empiece el rebato,  
 que aquí, vigilante, queda  
 mi ambición, prontas las garras  
 y con las fauces abiertas,  
 que ya de vivir cansóse  
 bajo su piel de corderal!

(*Sale Ramiro por la callejuela, mientras el Arcediano se aproxima al grupo de caballeros.*)

#### ESCENA IV

*Arcediano, Don Sancho, Don Garcia y grupo de señores*

SANCH. (*Inclinándose.*)

¡Que os bendiga el señor, noble Arcediano,

- honra y prez de la Iglesia toledana!
- ARCED. ¡Que os proteja su gracia soberana,  
orgullo y gloria del solar hispano!  
(*Todos le rodean con respeto.*)  
¿Dónde tan de mañana vais, señores?
- CAB. 1.º Al Concejo, primero, y luego, a misa.
- CAB. 2.º ¿Sabéis vos para qué se nos precisa  
en la junta?
- ARCED. (*Con misterio, contemplándoles fijamente para  
conocer la impresión que causan sus palabras.*)  
¡No sé... Vagos rumores  
llegaron hasta mí, mas son tan graves  
que creerlos no puedo. Se decía...  
(*Bajando la voz. Todos le cercan.*)  
Que intentaba arrancar doña María  
al Cabildo las llaves  
de los férreos arcones seculares  
con arabescos de marfil y oro,  
donde encierra la Iglesia su tesoro,  
para aplacar las iras populares!
- SANCH. ¡Callad, noble Arcediano! ¿Quién se atreve  
tal sacrilegio a proponer? ¿No ha hartado  
su codicia la plebe  
con tantas casas como ha saqueado?
- ARCED. (*Dejando caer las palabras con falsa humildad.*)  
Mi labio nada cierto os asegura...  
¡Sólo es un eco que repite, quedo,  
lo que en voz firme y alta se murmura  
por las calles y plazas de Toledo!
- SANCH. ¡Mas aunque cierto fuera,  
su empeño será vano,  
que sacrilegio tal no consintiera  
el pueblo toledano,  
que antes que comunero es buen cristiano,  
y a su sagrada religión venera!
- ARCED. ¡Primero que entregar esos caudales  
a la codicia de doña María,  
yo mismo a los ejércitos reales  
las llaves de Toledo entregaría!

- GARC. Mas tiene la Pacheco valimiento  
en el Concejo...
- ARCED. ¡No tened cuidado!  
Todos sabéis que he sido su sustento,  
y en los peligros, peligré a su lado,  
creyendo que ella era  
el amparo más firme de Castilla...  
Mas defender a esa mujer, hoy fuera  
ultrajar la memoria de Padilla.
- GARC. ¿Que decís?...
- SANCH. ¿Serán ciertos los rumores  
que hace correr la plebe alborotada?  
¿A un amor criminal ha dado entrada  
en su pecho? Decid...
- ARCED. ¡Nobles señores,  
yo, como nada sé, no digo nada!
- SANCH. Se habla de que Guzmán...
- ARCED. ¡Siervo de Cristo,  
sólo sé oír y perdonar!...  
*(Viendo aparecer a don Pedro de Guzmán bu-  
jo los soportales, y dirigiéndose al Concejo.)*
- GARC. ¿Mas ella...?
- ARCED. ¡Quedad con Dios! ¡El hábito que visto  
ciega mis ojos y mis labios sella!  
*(Desaparece bajo los arcos.)*

## ESCENA V

*Don Sancho, Don García, señores, y luego Don Pedro  
Pérez de Guzmán.*

- GARC. ¡No es posible creer tal villanía!  
¡Quién pudiera pensar que, bajo el manto  
de su viudez, liviana, ocultaría  
tanta impudicia y desenfreno tanto!
- CABA. ¡Aún caliente la sangre del marido,  
y ya, dando al olvido  
el respeto que debe a sus mayores,  
ávido el labio y palpitante el pecho,  
buscar anhela quien comparta el lecho  
que tumba debió ser de sus amores!

- PEDRO. (*Apareciendo de repente ante el grupo, después de haber oído el anterior diálogo.*)  
 ¡Cobardes sois y vuestro labio miente!  
 ¿A tal punto el honor ha descendido  
 en la tierra del Cid, que impunemente  
 ultrajar a una dama habéis oído,  
 sin que se alzara, al escuchar tal mengua,  
 entre todos vosotros, una mano  
 para arrancar la envilecida lengua  
 que así deshonra el nombre castellano?
- SANCH. (*Echando mano a la espada.*)  
 Esas palabras...
- PEDRO. (*Imponiéndose con su actitud al grupo, que va retrocediendo hasta los soportales.*)  
 ¡Si aún os resta brío,  
 a todos juntos mi valor arroja  
 este guante, en señal de desafío!...  
 ¡Quien tenga corazón, que lo recoja!  
 (*Se quita el guante y lo tira en medio del grupo.*)  
 ¡Y en campo abierto o en lugar cerrado,  
 a pie, a caballo, con lanzón o acero,  
 solo como estoy yo, o acompañado,  
 dónde y cómo le plazca, allí le espero!  
 ¡Venid a combatir uno por uno:  
 y si solo, ninguno  
 se atreve a abandonar este recinto,  
 venid todos, que a todos juntos reta  
 la mano que el acero al puño aprieta,  
 porque quiere escapársele del cinto  
 para afrentar y herir vuestro semblante!  
 (*Tira de la espada. Los nobles retroceden más, sin que ninguno se incline a recoger el guante. Doña María, que habrá salido de la iglesia, seguida de su dama y sus pajes, durante la relación anterior, se aproxima lentamente al grupo.*)  
 ¿Mas no lo recogéis? ¿Tembláis de miedo?  
 ¿Una mano, decid, no hay en Toledo  
 que audaz se atreve a recoger mi guante?

## ESCENA VI

*Dichos; Doña María, pajes y damas.*

**MARIA.** *(Avanzando majestuosamente en medio de la expectación general.)*

Queda una mano aún que lo recoja  
y os lo entregue en señal de cortesía,  
de ira crispada y de vergüenza roja...  
¡y esa mano, Guzmán, vedla: es la mía!  
*(Se inclina, recoge el guante y con gesto de sobria cortesía, se lo devuelve altivamente y se encara con los caballeros.)*

¡Nobles señores, mi Concejo os llama!

¡Acudid a la junta, y frente a frente  
de Dios y de los hombres, nuevamente  
proclamad la deshonra de esta dama  
que en vosotros magnánima se escuda,  
y por vosotros para siempre viste  
este ropaje desolado y triste  
y estas oscuras tocas de viuda !

*(Con la voz profundamente conmovida.)*

¡Yo fui feliz! ¡Tuve un esposo amante,  
de honor tan alto y condición tan brava,  
que la voz de la Fama susurrante  
el León de Castilla le llamaba!...

¡Y un hijo, varonil y generoso,  
que por el temple de su alma fiera  
digno cachorro de su padre era!

¡Y hoy me encuentro sin hijo y sin esposo;  
de los hombres y Dios desamparada,  
perdida de la vida en los desiertos,  
en esta negra toca amortajada,  
sin tener más consuelo que mis muertos!

Cubrió mi cuerpo la más fina seda,  
fulguraban diamantes en mi toca...

¡y hoy me encuentro tan pobre, que no queda  
ni un pedazo de pan para mi boca!

*(Con altivez.)*

¡Todo en servicio vuestro he consumido!

¡Y ved, señores, si mi suerte es dura

que, por los que hoy me ultrajan, he perdido mi dicha, mi riqueza y mi hermosura!  
 ¡Id al Concejo, y decid delante de Dios que me está oyendo, y de Castilla que nos mira y nos juzga en este instante, que habéis visto a la esposa de Padilla entregada a los brazos de su amante!  
*(Les vuelve despectivamente la espalda, mientras los caballeros, con la frente baja, como avergonzados de su infamia, desaparecen bajo los arcos de los soportales. Los pajes y las aammas les siguen a una señal de doña María.)*

## ESCENA VII

*Don Pedro de Guzmán y doña María.*

- PEDRO. *(Profundamente conmovido.)*  
 ¡Un alma cual la vuestra, mi señora, bien vale un reino entero!
- MARIA. ¡Vos ahora, escuchadme!
- PEDRO. ¡Tranquilo me someto a vuestras decisiones!
- MARIA. Si arrogante mi orgullo ha recogido vuestro guante, es que también acepta vuestro reto.
- PEDRO. ¿Qué decís?
- MARIA. Que probar también ansío no el temple y el vigor de vuestro brazo, sino del alma generosa el brío... ¡y a vuestra alma a combatir emplazo!
- PEDRO. ¡Pedid, señora, que probaros quiero que si en servicio vuestro lo desnudo, no habrá yelmo o broquel, peto ni escudo que resista los golpes de mi acero!  
 ¡Cuanto os plazca, pedid! ¡Mi vida entera!  
 ¡Mas mi vida es bien poco, por ser mía, para servir de rodrigón siquiera a dama como vos, doña María!



¿Qué exigis de mi fe?

MARIA. ¡Tan sólo os pido  
en nombre de mi honor inmaculado,  
que me deis al olvido,  
y que huyáis para siempre de mi lado!

PEDRO. ¡Si tal acción, señora, cometiera,  
por mi santo patrón que indigno fuera  
de mi nombre glorioso y de mi fama,  
y aun de ceñir este triunfante acero,  
que nunca fué, señora, caballero  
quien en la lucha abandonó a su dama!  
¡Vendida estáis!

MARIA. ¡Lo sé, pero no quiero  
que digan los que infames me han vendido,  
que yo también, cobarde o fementida,  
mi decoro y mi fe dando al olvido,  
vendí mi honra por salvar mi vida!  
*(Don Pedro inclina la cabeza. Doña María se  
le aproxima lentamente, con la voz velada por  
la emoción.)*

Oídme... Poseéis un generoso  
corazón que es espejo de hidalguía,  
y un nombre tan ilustre y tan glorioso  
que el más noble Monarca envidiaría.  
La princesa de estirpe más preclara  
al pie de los altares, sin desdoro,  
como aquel que su plata trueca en oro,  
la sortija nupcial con vos trocará.  
¡Altivas, orgullosas y altaneras,  
sobre cien torreones almenados,  
resplandecen al sol vuestras banderas,  
que miraron los siglos asombrados  
desplegar sus armiños triunfadores,  
de la tierra, por todos los confines,  
en medio de acerados resplandores  
y entre un bélico estruendo de clarines!  
Triunfaréis del dolor; sois libre y fuerte.  
¡Y yo, cerrada, para amar la boca,  
sólo espero los besos de la muerte;  
y en la existencia soy como una loca  
que de la noche oscura en los desiertos

horribles gritos de amargura lanza,  
 escarbando en la tumba de sus muertos,  
 para aguzar en ella su venganza!  
 ¡Si de veras, Guzmán, me habéis amado,  
 que el sacrificio vuestro amor corone!  
 Marchad, que entre nosotros se interpone  
 la sombra de un fantasma ensangrentado.  
 ¡En su recuerdo ténébre se abisma  
 mi corazón... Y su memoria amada  
 de todos, y aun de vos y aun de mí misma,  
 la sabré conservar immaculada!

PEDRO.

¿Dónde, señora, iré? ¡La vida entera  
 para esta eterna angustia silenciosa  
 que nada calma porque nada espera  
 será mucho más triste que su fosa!  
 ¿Dónde podré encontrar un lenitivo,  
 si en mi celosa adoración advierto  
 que él está vivo en vos, estando muerto,  
 y yo estoy muerto en vos, estando vivo?  
*(Queda un momento con la cabeza entre las  
 manos, como abatido por honda desesperación.  
 Después se yergue de nuevo, en un arranque  
 de amor infinito.)*

¡Mas, no, no puede ser! ¡No me ordenéis  
 que rompa para siempre estas cadenas  
 de rosas! ¡A mis ojos no neguéis  
 la luz! ¿Para qué quiero mis almenas?  
 ¿De qué sirven al alma entristecida  
 mi corcel y mi espada triunfadora,  
 si por vos en las luchas de la vida  
 no he de triunfar ni he de morir, señora?  
*(Con la voz suplicante.)*

¡Dejadme aquí! ¡Si el verme os causa agravios  
 y mi voz es molesta a vuestro oído,  
 os seguiré sin despegar los labios,  
 sin miraros jamás, sin hacer ruido;  
 como un vago fantasma, cual la sombra  
 de un silencioso y enlutado paje  
 que sostiene el cáñel de vuestro traje  
 sobre los terciopelos de la alfombra!

MARIA.

Don Pedro, alzad. ¡Si acaso precisara

confiar el honor de ésta viuda,  
 a vos sólo, Guzmán, lo confiará!  
 Mas aceptar no puedo vuestra ayuda,  
 porque en vez de ampararme, me infamara.  
 ¡Seguid, lejos de mi, vuestro sendero,  
 que es inútil, Guzmán, vuestra querella;  
 pues yo, aferrada a mi altivez, prefiero  
 morir con honra que vivir sin ella!  
 ¡Y así, si acaso caigo en la jornada  
 por el encono o la traición herida,  
 será digna mi muerte de mi vida;  
 pues si honrada viví, moriré honrada!

PEDRO. *(Como quien da el último adiós a la esperanza, vencido por la actitud noble y severa de doña María.)*

¡Vuestra voz para siempre me destierra  
 del paraíso que soñó mi anhelo!

MARIA. ¡Vuestra conciencia, aquí, sobre la tierra  
 y la bondad de Dios, allá, en el cielo!

PEDRO. *(Después de un momento de vacilación, como el que realiza el más grande sacrificio de la tierra.)*

¡Obedeceros el deber me ordena!  
 ¡De vuestro lado partiré, señora,  
 a seguir arrastrando esta cadena  
 cuyo diente de hierro me devora  
 el corazón! ¡En mi camino oscuro  
 jamás volveré a hallar vuestra mirada!  
*(Sacando la espada.)*

¡Por la pureza de mi honor, lo juro  
 sobre la cruz triunfante de esta espada,  
 que inútil ya sin vos para la gloria,  
 y antes de profanarla en la pelea  
 por otra causa que por vos no sea,  
 la rompo a vuestras plantas, en memoria  
 de mi amor y mi eterna desventura!  
*(La rompe, sollozando, por la empuñadura.)*  
 Era, fuera de vos, todo el tesoro  
 que me quedaba ya... ¡Ved! ¡Sobre el oro  
 de su rica y gloriosa empuñadura,

cayó la única lágrima, vertida  
por estos ojos que, al perderos, pierden  
todo el fuego y las luces de la vida!  
(*Se la presenta como un don.*)

- ¡Para que vuestros ojos me recuerden,  
guardadla ahora, que de vos me alejo  
para siempre, pues lívido de espanto,  
crucificada en esa cruz, os dejo  
toda mi vida transformada en llanto!
- MARIA. (*Guardando el puño de la espada, y haciendo esfuerzos inauditos para refrenar su emoción.*)  
También en esta lucha habéis vencido,  
y vuestro temple reconozco ahora...  
¡Que alumbre vuestro paso a Dios le pido!  
(*Le da a besar la mano. Después se dirige al Concejo.*)
- ¡Adiós, don Pedro! ¡Adiós!
- PEDRO. (*Voz de un agonizante.*) ¡Adiós, señora!  
(*Doña María desaparece por los soportales del Concejo.*)

## ESCENA IX

El Arcediano, Ramiro, don Sancho y tres soldados.

- (*Al desaparecer don Pedro por la calleja de la derecha, salen cautelosamente de los soportales de la hostería Ramiro y los tres soldados.*)
- RAMIR. (*Señalando la dirección de don Pedro.*)  
¡Seguid todos sus pasos con cautela,  
y en esas calles, al menor descuido,  
atacarle los tres, y darle muerte!  
¡Mas cuidado, que el hidalgo tiene bríos!  
(*Los tres hacen un signo afirmativo, y desaparecen por la calleja de la derecha, con la mano en la empuñadura de sus espadas. Ramiro se dirige hacia la izquierda; mas se detiene al ver salir del Concejo al Arcediano conversando con don Sancho.*)
- ARCED. ¡No puedo consentir tal sacrilegio!  
De cuanto ocurre avisaré al Cabildo,

que antes que comunero, soy, don Sancho,  
humilde siervo de la fe de Cristo,  
y primero es mi alma... ¿Qué me importan  
libertades, franquicias, señoríos  
y tanto fuero humano, si mi alma  
se pierde por los siglos de los siglos?

SANCH.

ARCED.

¡Tolerar no podemos tal escándalo!  
¡Gracias a Dios, estamos prevenidos,  
y antes que nazca el sol, sobre esas torres  
ha de flotar al viento, como un símbolo  
de paz, sobre la gloria de los cielos,  
el águila imperial de Carlos V!

SANCH.

ARCED.

Estoy a vuestro lado, y para todo,  
Arcediano, podéis contar conmigo.  
Pues que empiece el rebato. Vos, don Sancho,  
juntad los vuestros, y al sonar el grito  
de la revuelta, acudiréis, armados,  
a defender los fueros del Cabildo,  
¡que allá, en el cielo, Dios, y aquí don Carlos,  
sabrán recompensar vuestros servicios!

SANCH.

ARCED.

¡Que nuestras armas triunfen en la lucha!  
¡Que Dios nos favorezca con su auxilio!  
(*Don Sancho y Ramiro salen por la izquierda.*)

## ESCENA X

El *Arcediano*, solo.

ARCED.

¡Si tuviese valor!... Naturaleza,  
¿por qué, madrastra infame, no le has dado  
al alma brío, al brazo fortaleza  
y al corazón un ánimo esforzado?  
¡Entonces, a la clara luz del día,  
blandiendo mi lanzón o mi tizona,  
la mitra episcopal conquistaría  
como un rey que conquista su corona!  
¡Mas no puedo quejarme! ¡Has sido buena,  
porque diste a mi alma, juntamente,  
el furor cauteloso de la hiena  
y la astucia sutil de la serpiente!

La cabeza me juego en la partida...  
 ¡Animo, corazón, y ahuyenta el miedo,  
 que bien vale la mitra de Toledo  
 jugarse, a un golpe del azar, la vida!  
*(Penetra en el templo.)*

### ESCENA XI

*Doña María de Pacheco, Sosa, damas, pajes, Caballero  
 2.º, hombres de armas y gente del pueblo.*

*(Resuena la campana del Concejo y aparece  
 doña María, precedida de un porta-enseña con  
 la bandera de las Comunidades, y de dos he-  
 raldos con las armas de la ciudad. La siguen  
 damas, pajes y algunos señores. Por las ca-  
 lles de la izquierda asoman grupos de gentes  
 del pueblo.)*

MARIA. *(Deteniéndose a la puerta del templo.)*  
 ¡Si hay culpa, mi Señor, en esta empresa,  
 sobre mi frente caiga tu castigo!  
*(Indicando las grandes puertas del templo.)*  
 ¡Abrid de par en par todas las puertas,  
 que si no es el Rey mismo,  
 es Castilla quien pisa los umbrales  
 de ese piadoso y místico recinto!  
*(Se abren de par en par las puertas del Per-  
 dón, y por ellas penetra doña María, seguida  
 del porta-enseña, los heraldos, las damas, los  
 pajes y algunos hombres de armas. El pueblo  
 ha invadido la escena.)*

### ESCENA XII

*Caballero 1.º, Idem 2.º, pueblo y señores.*

GARC. ¡Dios ha de castigar el sacrilegio!  
 NOB. 2.º ¡Perdónanos, Dios mío!  
 PUEBLO. ¡No queremos las joyas de la Iglesia!

¡No aceptamos los bienes del Cabildo!  
 ¡Preferimos morir a ser ladrones!  
 ¡Perdónanos, Dios mío!

### ESCENA XIII

*Dichos; Doña María, el Arcediano, damas, pajes y el Cabildo.*

*(Resuena el lejano y pesado doble de las campanas de la Catedral, y tumultuosamente la gente va saliendo del templo. Aparece doña María, lívida, desencajada, con las joyas del Cabildo aún entre las manos, lanzada del templo por el Cabildo en pleno, con la cruz alzada.)*

ARCED. *(Con voz de trueno.)*

¡En el nombre de Dios omnipotente,  
 por blasfema, sacrilega e impía,  
 te arrojamos del seno de la Iglesia  
 y eternamente vivirás maldita!  
 Excómulgada para siempre quedas,  
 y excomulgado quien tus pasos siga,  
 el agua que te den, el pan que comas,  
 el techo que te sirva de guarida...  
 ¡Todo cuanto tocar puedan tus manos!  
 ¡Todo cuanto contemplan tus pupilas!

MARIA. *(Retrocediendo desesperada.)*

¡Piedad! ¡Piedad!... ¡Señor!

ARCED.

¡Calla, blasfema,  
 que tus palabras al Señor irritan!  
*(Todos se van alejando de doña María. Resue-  
 nan de pronto las campanas de la iglesia de  
 Toledo a arrebató.)*

GARC. ¡Arrojemos su cuerpo en una hoguera;  
 el fuego de sus llamas purifica!

PUEBLO. ¡Castígalá, Señor, que ella es culpable  
 de los males del pueblo! ¡En una pica  
 llevemos su cabeza al campamento  
 de nuestro Rey don Carlos!... ¡El Rey viva!

¡Viva don Carlos, nuestro Rey! ¡Al fuego la hechicera! ¡A la hoguera la maldita!

MARIA. *(Como loca, transfigurada de dolor, alzándose como una fiera. Algunos leales se aprestan a defenderla.)*

¡Es posible, Señor, que tanta infamia sobre la tierra la bondad permita!

¿Es posible creer lo que estoy viendo?

¿No será una sangrienta pesadilla de una débil razón atormentada, que ya cansada de sufrir, delira?...

*(Dirigiéndose al Arcediano.)*

¿Es posible que tú, que tú, Arcediano, me arrojes de ese templo, me maldigas, por lo mismo que tú me aconsejaste?

¡Oh, dímelo, por Dios! ¡Dí que es mentira; que todo ha sido un sueño! ¡Que esas joyas son sólo patrimonio de Castilla!

¡Que ese Dios, a quien sirves y veneras, y en cuyo sacro altar, piadoso, oficias, tuvo en más la humildad de su pobreza que todas las riquezas de su vida, y pudiendo ceñir áureas coronas, sólo sus sienes coronó de espinas!

ARCED. ¡Aparta de mi lado, excomulgada, que profanan tus ojos cuanto miran!

MARIA. *(Volviéndose al pueblo.)*

¡Y vosotros, vosotros, comuneros, por quien es hoy la viuda de Padilla, por quien me encuentro enferma, sola y pobre, sin patria, sin hogar y sin familia y hasta sin Dios... ¡Sin Dios!... ¡Decid que todo ha sido una sangrienta pesadilla!

GARC. ¡Tú eres la causa de nuestros disturbios, la loba hambrienta que arruinó a Castilla!

MARIA. ¡Por mi esposo!

ARCED. ¡No ultrajes su memoria, ya que, dando al olvido su valía, mancillaste su lecho, y en la sombra a tus mismos amantes asesinas!



MARIA. *(Atónita.)*

¡Oh! ¿Qué dice ese monstruo?

ARCED.

¡Hace un momento don Pedro de Guzmán, que merecía mejor suerte, cayó en esas calles sangrando el corazón por tres heridas!

MARIA.

*(En un arranque inaudito de desesperación, clavándole en el cuello el trozo de espada que le entregó don Pedro.)*

¡Basta, basta! ¡La lengua que me insulta, la inmundada hiena, la traidora víbora, no volverá a enroscarse a mi garganta, no ha de volver a emponzoñar mi vida!

PUEBLO.

*(Apartándose con horror al ver caer al Arcediano.)*

¡Sacrilégio!

VOCES.

*(Fuera.)* ¡Toledo por don Carlos!  
*(El pueblo corre por la calle de la izquierda, en busca del clamor que se acerca. Doña María permanece como anonadada al lado del cadáver del Arcediano. Sosa aparece por la calle de la izquierda, con la espada desnuda.)*

## ESCENA ULTIMA

*Dichos y Sosa.*

SOSA.

¡Salvaos, mi señora, estáis vendida!

MARIA.

*(Como quien despierta de un sueño.)*

¡A mí los toledanos!... ¡A los muros!...

SOSA.

¡Por el portillo huid, doña María!

VOCES.

¡España por don Carlos!... ¡Viva España!

MARIA.

*(Huye por la derecha, mien'ras descende el telón.)*

¡A morir por los fueros de Castilla!

TELÓN

**Lea Vd.**

# **EL CVENTO AZVL**

**Selección de los mejores  
cuentos y novelas cortas  
de los más famosos autores**

**40 cts.**

B. Dip. Almería

AL-821-VIL-leo



1003212



imp. Artística Sáez Hermanos  
Norte, 21. Teléf. 10244. Madrid